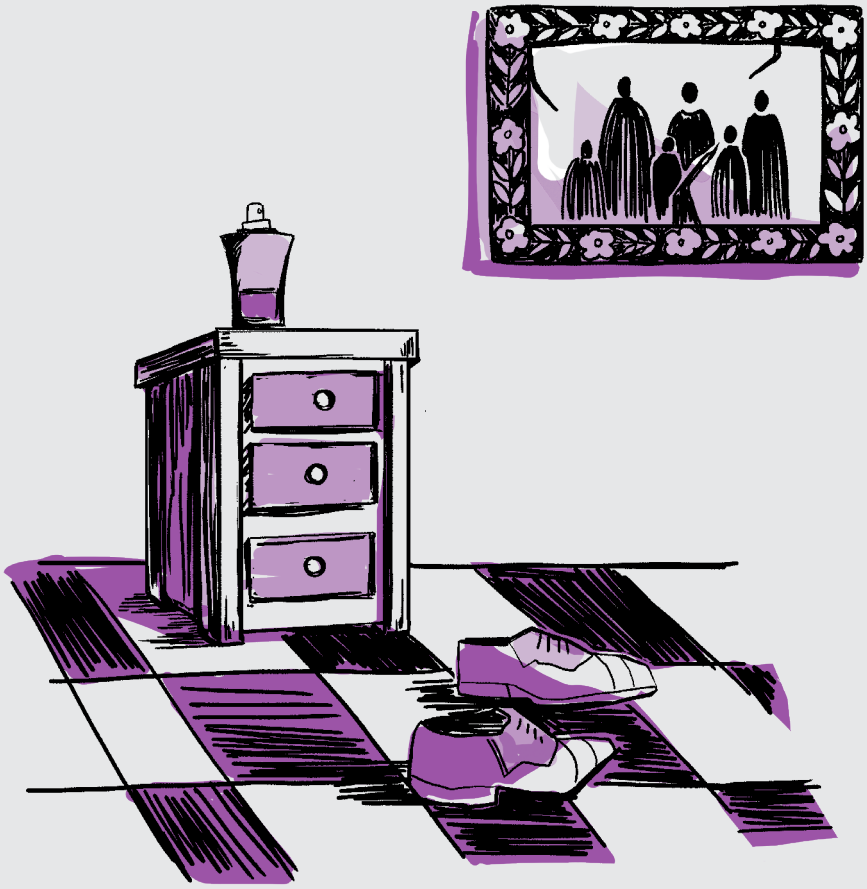
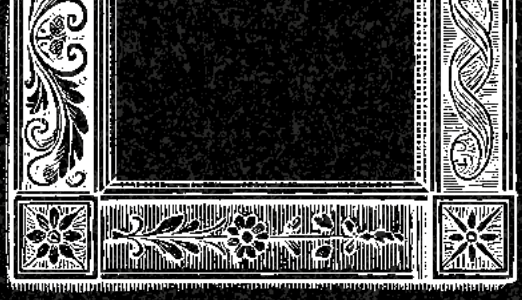
HORMIGAS ENTRE GIGANTES

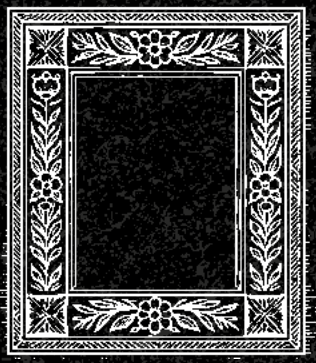
Las infancias y sus experiencias ante la desaparición y el asesinato extrajudicial de sus madres y padres

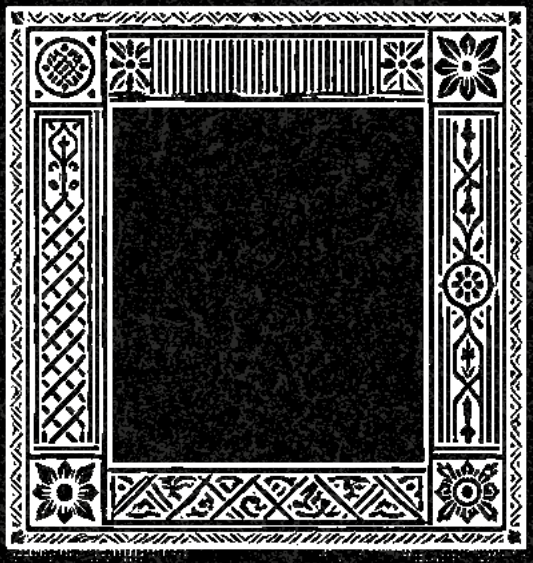


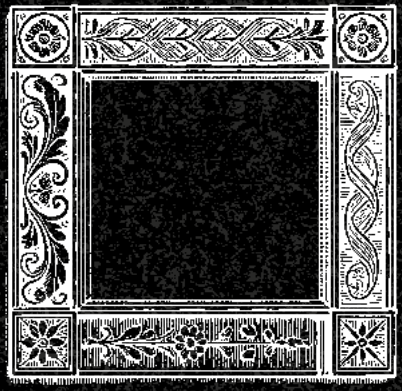
HEINRICH BÖLL STIFTUNG
CIUDAD DE MÉXICO
México y El Caribe

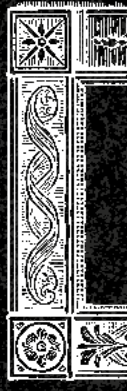
ARTICLE 19

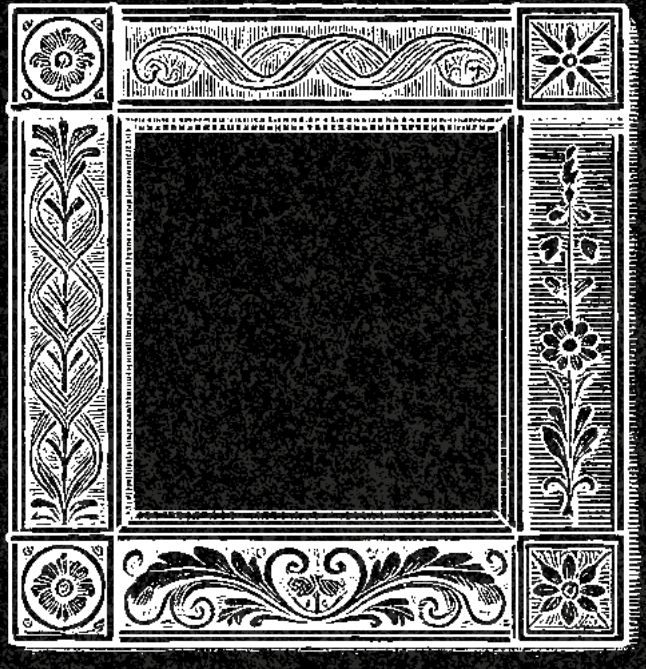












HORMIGAS ENTRE GIGANTES

Las infancias y sus experiencias ante la desaparición y el asesinato extrajudicial de sus madres y padres

Alicia de los Ríos Merino • Jessica Chantal Alcázar Romero
Daniela Rea Gómez

Hormigas entre gigantes
Las infancias y sus experiencias ante
la desaparición y el asesinato extrajudicial
de sus madres y padres

Primera edición
Marzo de 2025
ISBN 978-607-59723-8-1

Fundación Heinrich Böll, e.V.
Director de la oficina Ciudad de México –
México y El Caribe: Florian Huber
José Alvarado 12, Roma Norte, Cuauhtémoc,
Ciudad de México, 06760
mx.boell.org

Artículo 19 Oficina para México y Centroamérica
Director Regional: Leopoldo Francisco Maldonado Gutiérrez
articulo19.org

Investigación y redacción: Alicia de los Ríos Merino,
Jessica Chantal Alcázar Romero y Daniela Rea Gómez
Diseño editorial: Marilia Castillejos Meléndrez
Corrección de estilo: Jenny Zapata López,
Jessica Chantal Alcázar Romero y María de Vecchi Gerli
Fotografías: Daniel Orozco Rangel y archivos familiares
de las personas entrevistadas

La presente obra se respalda en una licencia de Creative Commons Atribución Licenciamiento Recíproco 4.0

HEINRICH BÖLL STIFTUNG
CIUDAD DE MÉXICO
México y El Caribe

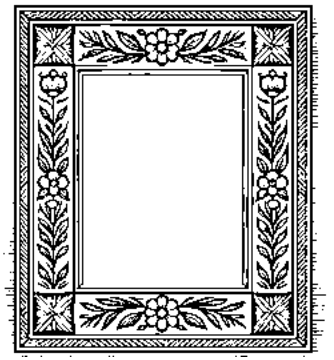
ARTICLE 19

ÍNDICE

Presentación • 9
Prólogo • 13

Alicia • 21
Cristian y Gabriel • 35
Luis Miguel • 49
Heber y Kim • 61
Ricardo • 77
León • 89
Dana y Vania • 101
Marakorea • 105

Epílogo • 127



Presentación

Este libro es el resultado de una investigación vinculada al derecho a la verdad y a la memoria. Ambos derechos contribuyen a conocer los hechos y circunstancias en los que se cometieron violaciones a los derechos humanos, lo que implica conocer a las víctimas y a los perpetradores de los crímenes. Porque en las violaciones graves a derechos humanos, además de la justicia, resulta indispensable que existan verdad y memoria, mecanismos de reparación para las víctimas y medidas de no repetición. El derecho a la verdad implica reconocer que tanto las víctimas como la sociedad tenemos derecho a saber.

Esta investigación es fundamental en un contexto de violencia como el mexicano, donde hay al menos 122,293 personas desaparecidas. En este contexto, según el Registro Nacional de Personas Desaparecidas y No Localizadas (RNPDNO), 25 niños, niñas y adolescentes de entre 0 y 17 años son reportados como desaparecidos y no localizados cada día. Además, en el país se registran más de 250 mil personas asesinadas en los últimos 17 años, cientos de miles de personas desplazadas de manera forzada, y al menos 11 mujeres víctimas de feminicidio por día. La violencia tiene repercusiones graves en las infancias, que se han convertido en

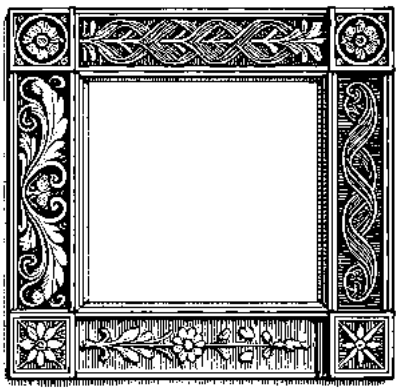
una población no escuchada e invisibilizada, cuyos derechos han sido vulnerados en extremo.

Desde Artículo 19 y la Fundación Heinrich Böll hemos trabajado por preservar la memoria de las víctimas y sus familiares frente a crímenes y violaciones a los derechos humanos. Como parte de dichos esfuerzos consideramos que las niñas y niños no solo son víctimas del entorno de violencia que se ha vivido en México, sino que también han sido un sector invisibilizado en la lucha de los movimientos sociales.

En México, se estima que por lo menos 159,383 niños y niñas podrían vivir sin sus padres y/o madres por el delito de desaparición, sin embargo, la "orfandad por desaparición" no es un concepto reconocido por el Estado mexicano. Con esta publicación pretendemos abrir espacios para escucharles y conocer de forma directa las afectaciones que les han provocado las violencias, pero sobre todo, aprender las formas de resistencia que les han permitido continuar ante la desaparición y el asesinato extrajudicial de sus padres y madres.

La memoria se ha convertido en una herramienta en la lucha social que nos permite seguir problematizando los impactos de la desaparición, ahora desde el enfoque de las infancias. Esta publicación no es la interpretación de personas expertas, sino directamente de aquellas niñas y niños que van construyendo memoria, muchas veces en el silencio. Por ello, esperamos que este libro nos acerque a conocer, empatizar y reflejarnos en las experiencias de niñas, niños y adolescentes que viven y vivieron la desaparición y asesinato de manera extrajudicial de sus madres y padres. Sobre todo, esperamos que este libro sea un apoyo a otras infancias que están transitando por caminos similares a los aquí narrados.

Artículo 19 Oficina para México y Centroamérica
Fundación Heinrich Böll Ciudad de México – México y El Caribe



Prólogo

Cuando una persona es desaparecida lo que desaparece no sólo es ella o su presencia física, desaparecen también, a veces imperceptiblemente, las personas que están alrededor. Desaparecen porque lo que está en el centro es la ausencia y la ausencia lo abarca, lo devora todo. Así lo he ido entendiendo en estos años de conocer las distintas y diversas formas de vivir una desaparición, a través de quienes esperan, buscan, temen, imaginan, anhelan. La desaparición a veces también nos desaparece.

Ante la presencia de la ausencia, las infancias y adolescencias tienen un riesgo particular a desaparecer, al menos en dos sentidos. El primero, porque las personas adultas estamos ocupadas en lo urgente, lo importante: encontrar a quien fue desaparecido. Y ponemos todas las herramientas y la energía en lograrlo, porque es lo que queremos y necesitamos, encontrar a ese amor, intentar recuperar lo que fuimos. Y buscar es el único verbo que importa; la persona desaparecida es lo único que importa. El segundo, porque tenemos tanto miedo a la desaparición y a lo que hace en nosotras y nosotros, que queremos proteger a las infancias y adolescencias de ese vórtice de incertidumbre, de duda, de imaginaciones terribles y posibles; entonces intentamos cuidarles, protegerles tanto que ese exceso de cuidado a veces termina por anularles. Pobres infancias, tan indefensas, tan pequeñas, tan incompletas, que no se enteren de nada, que sigan creyendo que todo sigue igual aunque alrededor el mundo se desmorone.

Alicia de los Ríos es, entre muchas otras cosas compañera, madre, historiadora, amiga entrañable, hija de dos militantes de la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S): Alicia de los Ríos (madre), desaparecida por el gobierno de México el 5 de enero de 1978, y Enrique Pérez Mora, asesinado durante un enfrentamiento con las fuerzas armadas del Estado el 16 de junio de 1976. Como historiadora y como hija misma, Alicia entendió que cuando las personas militantes dejaron de ser perseguidas y volvieron a la vida pública, que cuando la sociedad quiso superar (y a veces para superar se niega), pocas personas voltearon a ver a las hijas e hijos, a esas infancias y adolescencias de sus compañeras y compañeros. "El mundo ignoró muchas veces a esas infancias y me parece que habrá otras infancias en circunstancias donde no podemos dejar de ver a esas comunidades huérfanas". Esta inquietud de Alicia es semilla de este libro.

Preocupadas por cómo la desaparición trastoca la vida de quienes quedan, Alicia de los Ríos y Jéssica Alcázar, como historiadora también, tienen la curiosidad de acercarse y preguntarles cómo viven la desaparición de su madre o su padre, en su cotidiano, en su universo, cómo se la explican y la habitan, más allá de la palabra grandota y pesada y totalitaria de las personas adultas; más allá de lo que las y los adultos queremos que vivan.

Se lo preguntan a esas infancias que hace cuarenta años vieron a su madre o su padre salir de casa y nunca volver porque estaban estudiando en el extranjero, o al menos eso les decían, aunque en murmullos las personas adultas decían que habían sido llevadas por la policía, el Ejército, el gobierno. Se lo preguntan también a las infancias que hoy tratan de entender qué significa que a su papá se lo hayan robado unas personas malas, porque eso no puede ser; a las mamás y papás no se los roban, se roban a los niños, eso nos han dicho las y los adultos que todo lo saben. Leemos la voz de las infancias, porque incluso aquí las y los adultos hablan desde su ser niño o niña en el periodo de la contrainsurgencia, represión por parte del Estado, también llamado "Guerra Sucia". Aquí se incluye también la palabra de las hijas e hijos cuyos padres y/o madres, luchadores sociales, fueron asesinados y asesinadas de manera extrajudicial por el gobierno mexicano, que con estos crímenes perseguía la misma lógica que con la desaparición: acabar, aniquilar, borrar todo rastro de la oposición política a su sistema de control y dominación social.

Este libro, realizado por Artículo 19 Oficina para México y Centroamérica y la Fundación Heinrich Böll, oficina para México y el Caribe, acoge la palabra de

Alicia, Cristian y Gabriel, Luis Miguel, Heber y Kim, Ricardo, León, Dana y Vania y Marakorea; acerca sus historias, a pesar de los cuarenta años de distancia que pueda haber entre las desapariciones forzadas -desapariciones cometidas por elementos del Estado- y las desapariciones así sin más -desapariciones cometidas por particulares, personas que pueden o no pertenecer al crimen organizado-. Este libro con sus preguntas abre un espacio de conversación y teje un relato que nos cuenta dos momentos de violencia en el país y también formas diversas de ser infantes y de vincularse con la desaparición.

Este libro invita a conversar con las infancias y adolescencias del pasado y del presente. Esas generaciones que están atravesadas por la violencia de Estado y la criminal, quieren conversar con ellas, con esa comunidad que se revela ante nuestros ojos, antes desconocida por no escuchada. Las autoras y las organizaciones defensoras de derechos humanos que realizan este libro tienen ese gesto de no dar por hecho, de no asumir que las personas adultas sabemos lo que quieren, ni lo que piensan. Menos lo que necesitan. Intentan, con sus preguntas, no desaparecer a las infancias y adolescencias, no anular su experiencia, no sobreprotegerlas. Y a través de esa curiosidad, el libro nos abre un universo particular, no sólo hecho del miedo (que anticipamos y asumimos como madres y padres), sino también de generosidad, de amor, de ternura, de silencio, de cuidados, de confianza.

Mientras pensaba este prólogo abrí (por enésima vez) el libro "Infancia en dictadura", de la psicoanalista y amiga Patricia Castillo Gallardo que escucha, a través de la revisión de archivo, cómo las infancias y adolescencias vivieron esos años de terror durante la dictadura chilena. Patricia inicia la conversación con una frase que ella pensó tiempo atrás, refiriéndose a su propia infancia en dictadura: "Tuvimos problemas como todos. A veces no entendíamos por qué nos decían que no; porque esos no, no siempre tenían que ver con la dictadura, sino más bien con las arbitrariedades en las que los adultos construyen familia". Y es que a la torpeza de nuestro adultocentrismo se le suma la duda de no saber qué hacer ante la desaparición. A veces las emociones son tan grandes que las confundimos y donde hay miedo reaccionamos con enojo; donde hay duda, reaccionamos con desesperación.

Dice Gabriel, cuya madre Rebeca fue desaparecida en el año 2018, en Torreón, Coahuila: "Me gustaría que me pusieran atención, pero sólo me ponían atención cuando hacía las cosas mal; cuando las hacía bien nadie se daba cuenta que yo

estaba ahí". La escucha de Alicia y Jessica a estas experiencias nos permite ver cosas sobre nuestro ser adulto y adulta que no alcanzamos a ver o no consideramos importante en la urgencia de encontrar a la persona desaparecida. Es verdad que las y los adultos intentamos hacer las cosas bien, lo mejor que podemos, pero a veces -muchas veces- lo mejor que podemos no es lo que las infancias y adolescencias necesitan. ¿Qué necesitan para transitar, para habitar este camino de la desaparición o del asesinato extrajudicial de sus padres o madres? Quizá podamos aprenderlo si les preguntamos, escuchamos y acompañamos.

Porque lo saben, porque las infancias y adolescentes saben cuidarse, incluso de nuestras fallas. Y saben cuidarnos. Observan, sienten, aprenden. Aprenden que la búsqueda de la persona desaparecida o asesinada afecta el entorno familiar, y que a todas las personas nos toca aportar, ya sea con trabajo físico, con recursos económicos, con tiempo, con imaginación, con entendimiento, con aceptación. Las infancias y adolescencias aprenden que las personas adultas esperamos de ellas que aporten con entender nuestras ausencias o tristezas, con guardar silencio, con no molestar, con aguantar, con no preguntar porque su pregunta nos rompería, nos confrontaría con eso que más tememos, nos haría pronunciar lo que no podemos aún. Aportan, colaboran con recibir nuestro "no pasa nada" del que intentamos convencerles, convencernos. Como nos enseñó Valentina Glockner, antropóloga y amada amiga, hay que mirar estos gestos como prácticas de resistencia de las infancias y adolescencias, como prácticas también de cuidado hacia las personas adultas que no sabemos qué hacer, que también tenemos miedo y dudas.

Alicia y Jessica preguntan a quienes hace 40 años fueron niños, niñas, hijas e hijos de militantes y combatientes. ¿Cómo lo viviste? ¿Qué te dijeron? ¿Cómo te enteraste de la desaparición? ¿Cómo enfrentaste la ausencia tras el asesinato de manera extrajudicial? Luis Miguel Corral recuerda una infancia en brazos de una mujer que siempre lo amó aunque ella no era su madre; esa mujer le contó que sus papás habían muerto en un accidente y querían que ella lo criara. Cuando Luis Miguel cumplió siete años vio en la televisión a su abuela dando una entrevista y así se enteró que su padre no murió en un accidente, sino que fue asesinado por el gobierno. Al interior de las familias, los crímenes de Estado -asesinato o desaparición- y las ausencias obligadas consecuencias de aquellos, solían explicarse

con argumentos como "murió en un accidente", "estudia en el extranjero", "se fue a trabajar".

Esas suelen ser algunas de las respuestas con las que intentamos salir del paso ante la sombra de la ausencia, ya sea por desaparición o por asesinato. Dana y Vania perdieron a su mamá Pamela cuando fue desaparecida en el año 2010. A Alicia y Jessica las hermanas les cuentan cómo su familia las protegía de la ausencia de su madre. Vigilaban lo que veían en la tele y escuchaban en el radio, salían poco, las cambiaron de escuela. "Todo nos controlaban, prohibidos los teléfonos. Cuando salían anuncios de búsqueda nos apagaban la tele; periódicos no podíamos ver" dice Vania. Dana y Vania supieron que su madre fue desaparecida tres años después de que sucedió el crimen, durante ese tiempo sabían que se había ido a trabajar fuera. "Nos lo dijeron tres años después y en ese tiempo, según yo, teníamos la confianza para contarnos todo y no lo hicieron y nos tuvieron distanciadas en el mundo verdadero, todos sabían en la escuela menos yo. Me sentía muy mal", dice Dana.

¿Qué nos hace ocultar o enmudecer? ¿Es el deseo de protegerles o falta de confianza? ¿Por qué no confiamos en las infancias como quien participa y acompaña? Pienso en cómo reclamamos la verdad al Estado, pero nos cuesta trasladar, responder a esa demanda de las infancias. En el derecho internacional la verdad sobre las desapariciones o las ejecuciones extrajudiciales está ligada al conocer el paradero de quienes fueron víctima de ese crimen, la suerte que habrían sufrido. La verdad busca saber qué pasó con las personas desaparecidas o asesinadas, quién lo hizo y cuáles fueron sus motivos; en qué contexto se dieron esos crímenes. Es real que las familias, en su gran mayoría, no tienen acceso a esa verdad en términos de lo que plantea el derecho internacional. Pero existen cosas ciertas, pequeñas verdades, por llamarlas de alguna manera, que las y los adultos administramos y no compartimos del todo a las infancias: tu papá, tu mamá, fue desaparecida. No, no sabemos dónde está. No, no sabemos quién se la llevó. No, no sabemos si va a volver.

"Explicar a los niños y las niñas no es tarea fácil, pues las y los adultos también se encuentran abrumados por tratar de entender la información y luego compartirla, de tal forma que llega a las infancias con miedo y dudas. Esto también como un efecto normal frente a un hecho donde no se sabe qué ocurrió´ ni porqué", escribió Edith Escareño en el informe "Yo sólo quería que amaneciera", editado por Fundar y que se enfoca en el impacto psicosocial de la desaparición en los familiares de los estudiantes de Ayotzinapa. Es real que no sabemos la

verdad, pero tenemos estas pequeñas verdades, estas pequeñas certezas. ¿Cómo administramos la verdad? ¿Cuándo decidimos compartirla, entregarla, a las infancias y adolescencias? ¿Cómo la socializamos? ¿Cómo decidimos a quién le pertenece?

La importancia de compartir esas pequeñas verdades, esa cosa cierta, tiene que ver con responder a la confianza que las infancias han depositado en las personas adultas -en nosotras-, porque ser su lugar seguro es nuestra tarea en la vida. Dice León sobre el momento en que se enteró de la desaparición de su papá Arturo, sucedida en el año 2010: "Mi mamá me lo platicaba, nunca comencé a preguntar. Mi mamá, más bien, tomaba tiempo para platicarme. A mí me gustaba escuchar pero me daba mucho misterio, ¿dónde estará? ¿qué habrá pasado? Solo sé que un día fueron a Estados Unidos y volvieron y estaban en Tamaulipas y se pararon por unos tacos y se los llevaron".

Ven aquí, yo tampoco sé y también quiero saber. Ven aquí, yo también tengo miedo. "No sabemos dónde está, no sabemos si va a volver, pero vamos a aprender a vivir en la duda juntos", le dijo Liliana a su hijo León. Vamos a aprender a vivir en la duda juntos, vamos a aprender a buscar juntos, vamos a contar su vida juntos. Esa es la verdad, la pequeña verdad con la que contamos. La pequeña verdad que podemos heredar. Herencia viene del latin *haerentia*, que significa "estar adherido". Padres, madres, hijas e hijos, adheridos por la herencia. Unidos.

En su obra "El maestro ignorante" Jacques Rancière propone que en el proceso de aprendizaje hace falta reconocerse y reconocer que el otro tiene el mismo poder; que en este acto la igualdad es imprescindible. Recordando a Rancière en el contexto de las ausencias obligadas, ¿cómo se comunica la verdad o cómo se hereda? Podemos hacerlo desde el terror y un intento extremo de protección, que implica ocultar esa verdad; podemos hacerlo desde la duda, ese lugar compartido, es decir, desde la igualdad. La igualdad no como fin, sino como punto de partida. Así es, podemos compartir o heredar esa verdad, esa pequeña verdad de la ausencia como un "estar unidos" -pensando en la etimología de herencia-, diluyendo las líneas que nos aíslan. Adultez e infancias, "estar unidos". Heredar desde allí.

Como hija de la dictadura y como madre de dos adolescentes que heredan, de alguna forma, su propia historia, Patricia Castillo se pregunta en "Infancia en dictadura" qué pueden hacer las y los hijos con esa herencia. "Una forma de decirles a nuestros hijos que también se pueden hacer otras cosas con esa historia, que no sabemos qué es lo que realmente se hereda y que, de alguna manera, son

libres; que sus síntomas les pertenecen". Porque también es cierto que sus gestos, sus actos, sus decisiones, sus silencios y llamados, generosos, sensibles, sinceros, son una forma de querer cambiar las cosas que les duelen, que no debieron suceder. Este libro pone en el centro las vivencias de las infancias y adolescencias, sus diversas formas y aprendizajes para afrontar las ausencias obligadas. No disputa el protagonismo de las personas desaparecidas y asesinadas extrajudicialmente, pues ellas están presentes en las vidas de los primeros: Alicia, Cristian y Gabriel, Luis Miguel, Heber y Kim, Ricardo, León, Dana y Vania y Marakorea, quienes no serían las personas que son ahora sin sus padres y sus madres y sin que ellos y ellas hubieran sido desaparecidos o asesinados extrajudicialmente.

Este libro propone una perspectiva histórica para dialogar sobre la desaparición y el asesinato extrajudicial entre las generaciones de los 70 y 80, y las generaciones que viven la desaparición en los años recientes; propone una perspectiva emocional que recibe la palabra de Alicia, Cristian y Gabriel, Luis Miguel, Heber y Kim, Ricardo, León, Dana y Vania y Marakorea. Su palabra se teje a través de su experiencia, sus miedos, sus imaginaciones y sus deseos. Su sabiduría. A nosotras y a nosotros, lectores, nos toca acudir también y poner atención. Poner al centro su experiencia y aprender de ella. No dejarla desaparecer con las personas desaparecidas.

Daniela Rea Gómez
Ciudad de México, 2024.

Alicia de los Ríos abraza un suéter que perteneció a su padre, Enrique Pérez Mora, asesinado por el Estado mexicano el 16 de junio de 1976.

Alicia

"Alfredo contó que a él, a mi mamá y a Reyes Ignacio, los llevaron a la base aérea militar de Pie de la Cuesta, en Acapulco. Ahí los separaron, el 5 de junio de 1978 a Alfredo y Reyes Ignacio los regresaron al Campo Militar en la Ciudad de México, posteriormente los llevaron a prisión en Chihuahua, donde testimonió que estuvo con mi mamá en Acapulco. Alfredo y Reyes Ignacio son sobrevivientes de los vuelos de la muerte. De mi mamá no volvimos a saber más".

— Alicia de los Ríos Merino

En la sala de la casa de mi abuela siempre ha habido libreros, libreros grandes, roperos, cajones y cuando era niña a mí me encantaba revisarlos. Abrir cajones, encontrar cosas. Un día abrí un librero y encontré muchos periódicos. Eran periódicos del Comité ¡Eureka! y revistas y libros, libros grandes, que eran la memoria gráfica del Comité, y yo empecé a sacar y leer y entre los recortes de periódico encontré una foto de mi mamá que nunca había visto, y revisé los demás recortes y los guardé y se los enseñé a mi profesor de historia de tercero de secundaria. Tiempo después me convertí en una historiadora de la insurgencia.

Soy Alicia de los Ríos Merino. En mi casa somos tres Alicias. Mi abuela Alicia, mi mamá Alicia de los Ríos Merino, nacida en 1952, y yo, Alicia de los Ríos Merino, nacida un 6 de febrero de 1977 en algún lugar de la Ciudad de México.

Cuando yo tenía un mes de nacida mi mamá llamó a casa de su madre, en Chihuahua, y dijo: "Vengan por ella, por la bebé". Marta, su hermana, tomó un vuelo a la Ciudad de México y se encontró con mi mamá en un parque, y esta escena la he escuchado muchas veces a lo largo de mi vida: mi tía Marta llega al parque y encuentra a mi mamá sentada en una banca, ella me da pecho y llora mientras me alimenta, a su lado hay una cunita azul y una maletita con algo de ropa y se la entrega a Marta y me entrega a Marta y le dice que por favor me hablen de ella y que por favor le prometa que ni la vida ni la muerte harán que se dejen de querer. Era el 6 de marzo de 1977. Ese día llegué a Chihuahua a vivir con mis abuelos en Chihuahua. Ese día nevaba.

Mi abuela materna eligió para mí el nombre de mi madre y me registró como la sexta hija de la familia Ríos Merino. Mi mamá era integrante de la Liga Comunista 23 de Septiembre y por su vida insurgente me entregó a su familia para que me cuidaran y me criaran.

Mi mamá Alicia de los Ríos Merino, creció en una familia tradicional con antecedentes muy interesantes. Mi tatarabuelo Heliodoro Olea se opuso al gobernador Creel, a inicios de 1900; se carteó con Flores Magón y fue preso político en San Juan de Ulúa. Mi bisabuela Casilda Figueroa y mi bisabuelo Miguel Merino se decían a sí mismos agraristas. Mi abuelo Gilberto siempre contaba estas historias en la sobremesa, eran parte de la historia familiar. Mi tía Marta, hermana mayor de mi mamá, se integró a las Juventudes Comunistas en 1966 y viajó a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) a formarse, a aprender de la lucha.

Todo eso permeó en la vida de mi mamá, de Alicia, que para entonces terminaba la prepa. En esos momentos, en Chihuahua, sucedieron cosas importantes políticamente, hubo un triple asalto bancario, una huelga en la Universidad, otra huelga en la Escuela Normal y luego otra más del Tecnológico de Chihuahua, donde estudiaba Alicia. Entonces se sumó a la huelga y se integró al Comité de Lucha que redactó el documento del fin de la huelga con el gobernador. Este grupo pasó, de manera natural, a formar la Liga Comunista 23 de Septiembre, en 1973.

Alicia tenía unos 20 años cuando ingresó a ella. En ese mismo 1973, a muchos kilómetros de distancia, en Guadalajara, Jalisco, Enrique Pérez Mora se sumaba también a la Liga Comunista 23 de Septiembre. Enrique había sido parte de la pandilla los Vikingos, en el barrio de San Andrés, un grupo de chavos y chavas de

clase humilde y trabajadora, además se había sumado al Frente Estudiantil Revolucionario (FER) en la prepa y fue preso dos veces: la primera en 1970 al ser parte de ese grupo, y la segunda en 1974, ya como integrante de la Liga. Enrique cayó preso en el Penal de Oblatos.

El 22 de enero de 1976 Alicia y Enrique se conocieron cuando ella formó parte del comando armado que ayudó a la fuga del Penal de Oblatos, donde Enrique estaba preso. Alicia era la única mujer que participó en la fuga y para mí ese día, el 22 de enero, es su aniversario de amor. El aniversario de mis padres.

Enrique y Alicia vivieron su historia de amor muy corta, estuvieron juntos unos 4 meses. En mayo de 1976, Enrique fue enviado a Culiacán, Sinaloa, donde sufrió una emboscada y fue asesinado con otros 3 compañeros insurgentes. Cuenta la historia que "El Tenebras", como le decían a Enrique, ya herido y con sus últimas fuerzas, apuntó desde la casa hasta afuera de ella, donde Max Gerardo Toledo Sánchez, dirigente de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), comandaba el operativo contra los muchachos, y le dio un disparo en la cabeza.

Gracias al testimonio de Amanda, que fue compañera de lucha de mi papá, pude saber que por mi mamá él sentía una profunda atracción, pero sobre todo una profunda admiración. Y que era recíproco.

En ese corto tiempo que estuvieron juntos mi mamá se embarazó y en esos meses habló por teléfono a sus padres, Gilberto y Alicia, para que la visitaran en Ciudad de México. Ellos viajaron y la encontraron en un parque y ella les pidió que cuando yo naciera me adoptaran y me cuidaran. También les dijo que si no estaban de acuerdo, ella me encargaría con María, la mamá de Enrique, mi abuela paterna.

Siempre pensé en cómo había sido el parto de mi mamá en la clandestinidad. Cuando nació Sebastián, mi primer hijo, tuve mucha tristeza de imaginarla sola, de imaginar que no tuvo la experiencia de parir acompañada por alguien, una hermana, una amiga. Ese pensamiento me puso muy triste hasta que supe, gracias a una tía, que no estuvo sola, que su primo Pepe estudiaba ginecología en la Ciudad de México y la acompañó. Eso me puso feliz, que su primo hermano la haya acompañado, me dio un descanso no imaginarla pariendo sola.

Después de mi nacimiento, mi mamá volvió a la acción de calle y se convirtió en la responsable militar de la Liga. En noviembre de 1977, mi mamá se fue a vi-

La memoria de Alicia y Enrique vive en su familia: Sebastián, Alicia, Nikolás, Mima e Irene.

vir a la casa del Polígono y ahí coincidió con Álvaro Cartagena, *El Guaymas*, compañero militante. Se hicieron grandes amigos, ella limpiaba la casa, él cocinaba.

En enero de 1978 hubo varias detenciones de integrantes de la Liga que le permitieron al gobierno preparar una emboscada. El 5 de enero los compañeros tenían una cita en la zona de Vallejo Industrial, ahí los esperaban. En la emboscada le dispararon a mi mamá, le dieron en la clavícula, pero ella logró huir. Corrió y entró a una casa donde tomó el teléfono y marcó a su familia en Chihuahua. Marta contestó del otro lado y alcanzó a escuchar la voz de su hermana Alicia: "Marta, búscame, me van a detener". Mi mamá siempre intentó dejar mensajes, pistas de su paradero, siempre intentó avisar dónde estaba, siempre nos mandó señales.

Mi mamá fue llevada al Campo Militar No. 1 y lo que hemos podido encontrar en las circulares, en el archivo, es que a ella la sacaron de ahí y la llevaron a la calle para reconocer casas de seguridad, que es lo que hacían con la mayoría de los detenidos. Pero después de su detención no hubo más detenciones de sus compañeros, lo que significa que ella no dió información que los comprometiera, que los pusiera en riesgo.

Al Campo Militar también llegaron Cirilo, Juan Manuel y Ramón, que fueron detenidos en Culiacán. Ellos pasaron casi un mes con mi mamá, entre golpes, interrogatorios y tortura. Mi mamá les pidió que si alguno salía, que por favor dijera que la vio y dónde la vio. Al Campo llegó también El Guaymas y él la reconoció, a pesar de encontrarla muy delgada y lastimada. Luego a él lo llevan al hospital militar por su estado de salud.

Todavía a finales de mayo de 1978, cuatro meses después de haber sido detenida, Florencio, Lorenzo, Jesús Elizalde, Alfredo y Reyes Ignacio la vieron en el Campo Militar. Alfredo contó que a él junto con mi mamá y Reyes Ignacio, los llevaron del aeropuerto Santa Lucía, en la Ciudad de México, a la base aérea militar en Pie de la Cuesta, los trasladaron a las instalaciones conocidas como "el Bungalow", ahí los separaron. El 5 de junio a Alfredo y Reyes Ignacio los regresaron al Campo Militar, luego a una prisión en Chihuahua, donde Alfredo testimonió los lugares donde la vio, como ella se lo había pedido. Alfredo y Reyes Ignacio son sobrevivientes de los vuelos de la muerte. De mi mamá no volvimos a saber más.

Enrique y Alicia, mis padres, eran un par de jóvenes que querían transformar este mundo con métodos radicales, que respondieron a experiencias previas de into-

lerancia, autoritarismo, que actuaron en su tiempo y en su espacio, que actuaron de manera histórica, política y consecuente en su tiempo. Ahora tengo muy claro que mi papá, al ser un joven revolucionario, iba a morir en combate, pero con mi mamá se rompieron todos los aspectos legales, éticos, morales por parte del Estado mexicano. Ella ha sido víctima sistemática de la desaparición forzada. Acceder a la justicia ha sido transitar los círculos del infierno. Nosotros llevamos más de 20 años en la judicialización de su caso y la mayoría del expediente es nada. La desaparición se realiza no sólo por quien la cometió, sino también por las resistencias institucionales, tanto militares como civiles, para acceder a la justicia y saber dónde está.

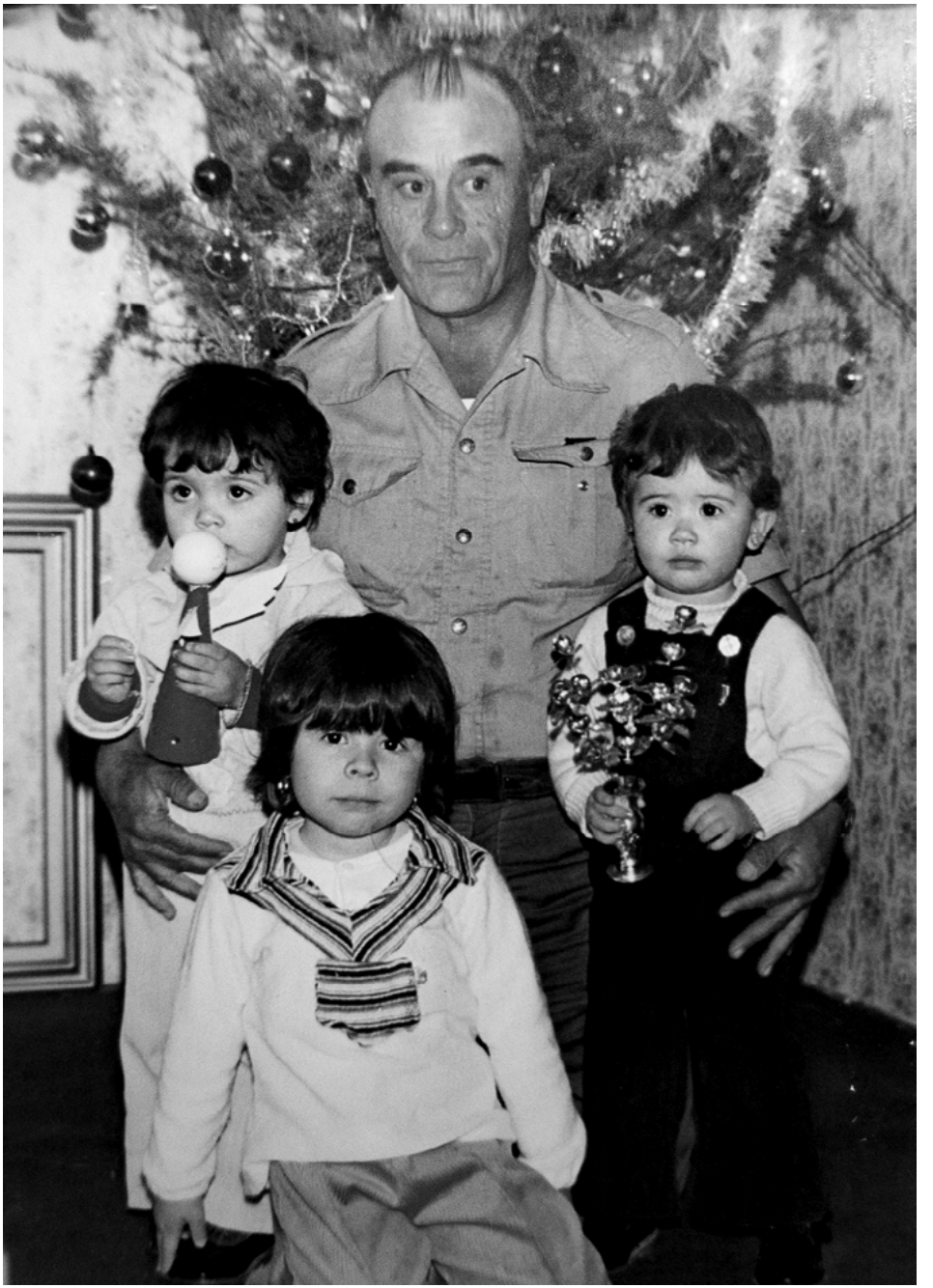
No alcanzo a imaginar, no me planteo cómo hubiera sido crecer con mis padres si no hubieran sido asesinado y desaparecida, porque soy hija de dos insurgentes que nunca iban a vivir conmigo. Reivindico a mis padres como un par de jóvenes insurgentes, revolucionarios. Me cuesta pensarlos como un papá y una mamá, reivindicarlos en términos de paternidad y maternidad, porque ellos fueron una pareja muy, muy, muy efímera. Se encontraron en la lucha en la Liga Comunista 23 de Septiembre, vivieron muy poco tiempo juntos, se amaron y se admiraron, pero no eran un matrimonio.

Yo tuve un papá llamado Gilberto, y tres mamás, Alicia mi abuela, Mima mi tía que me cuidaba y Alicia, mi mamá, desde su retrato, en un gran marco dorado, elegante, en la sala. Tuve mi figura paterna y materna, tuve familia, casa, escuela, vacaciones. Tuve cuidados. Lo que no tuve fue a las dos personas que me hicieron, esos jóvenes que un día se unieron y me concibieron y cuya ausencia no supe cómo llenar en relación a los otros, al deber externo de responder dónde estaban mi papá y mi mamá, mi papá muerto y mi mamá desaparecida.

Mis abuelos, mis tías nunca intentaron suplir la existencia de mi mamá. Pero al inicio no supe la verdad. De mi mamá me decían que estudiaba en la universidad, que estaba en otro país, en una escuela, yo siempre la esperé y hasta le compré unos aretitos con todo el deseo de verla, de conocerla, de tener un encuentro con ella. Pero quien me faltaba era mi papá. No conocía su nombre, su cara, sólo sabía que había muerto.

Un día, cuando yo tenía como siete, ocho años, supe la verdad: que mi mamá no estaba estudiando, que mi mamá tampoco estaba en una cárcel. Ese momento lo recuerdo con mucho ruido, mucho llanto de parte de todos, muchas personas hablándome, diciendo cosas. Pero dentro de mí, lo que pasaba en ese momento, fue que entré en una profunda desolación. Yo tenía la esperanza de poder visitar-

Alicia de los Ríos en los brazos de su abuela Alicia Merino.



Alicia de los Ríos posa con sus primas Irene y Yuriria, junto con su abuelo Gilberto de los Ríos.

la en una cárcel o en algún lugar y eso se desvaneció. Esa esperanza grandota de que existiera la posibilidad de tomar un avión y viajar a Estados Unidos a verla a la universidad, como lo creía de niña; o de agarrar un camión y visitarla en la cárcel, como lo creí más grande. Todo eso desapareció de mi vida.

Cuando apareció la palabra desaparición se me fue la esperanza.

Desaparición, que era no estar.

No encontrarla.

Hace muchos años, yo estaba en casa de mi abuela y sonó el teléfono. Contesté y del otro lado escuché una voz de hombre:

–Vieja, ¿quién habla?

–Alicia.

–Alicia, yo soy El Guaymas, vieja. Yo era muy amigo de tus papás.

–¿Con quién quieres hablar?

Esos sucesos me daban mucho miedo, desconfianza. Pero nueve o diez años después, las señoras del Comité ¡Eureka! viajaron a Guadalajara y allá vivía El Guaymas. Él buscó a mi abuela y a mi tía Marta y les dijo: "Usted y tu, gorda -refiriéndose a mi abuela y a mi tía Marta- se van a quedar con su familia, con los Pérez Mora". Y las llevó directo con mi abuela María, la mamá de mi papá. Cuando mi abuela Licha y mi abuela María se conocieron, fue amor a primera vista y no se soltaron nunca. Hay una foto de ellas en Bachíniva, sentadas, agarradas de la mano.

Cuando me gradué de secundaria mi abuela María viajó a Chihuahua. Ella llegó, abrió la puerta de la casa y se sorprendió de verme, de encontrar a una adolescente grande. Esa fue la primera vez que nos vimos. Y ahí comenzó mi relación con la familia de mi papá. Cuando cumplí 15 años viajé a Guadalajara a conocer a toda su familia, mi familia, los Pérez Mora. Me sentí en confianza, como si los conociera de toda la vida, además de que físicamente nos parecemos mucho, de que tenemos la risa, la carcajada fácil. Al poco tiempo conocí a Luz María Villavicencio, que fue novia de mi papá desde que eran chavos en el barrio y durante todo el tiempo que mi papá estuvo preso en el Penal de Oblatos. Y a los dos años conocí a mi hermano mayor Ernesto Marx.

Mi abuela María guardó en un frasco, hasta su muerte, el corazón de mi papá. Cuando él murió en Culiacán, su cuerpo fue trasladado a Guadalajara sin embalsamar. Ahí sus amigos del barrio lo llevaron a la casa de estudiantes donde vivían y lo comenzaron a limpiar y tomaron el corazón y lo colocaron en un frasco de café y se lo entregaron a mi abuela, porque a ellos "El Tenebras" les dijo que su corazón era de su madre.

Ella tenía un lazo afectivo indescriptible con el corazón y siempre pidió que cuando se muriera, le dejaran el corazón de su hijo para estar juntos, ahora sí en la muerte, ya completamente juntos. Alguna vez le pedí el corazón porque no tenía nada de mi papá y ella no aceptó, a cambió me regaló una camisa y un pantalón que eran de él, que quedaron después de su muerte, ropa que ella lavó y planchó todo este tiempo. Cuando mi abuela María murió, mi tío Jorge -hermano de mi papá- me pidió que llevara el corazón en mis manos en el trayecto a la funeraria y ahí lo coloqué junto a ella, en el féretro. Y así se cumplió su petición de estar nuevamente junto a su hijo.

Cuando me dijeron la verdad de lo que había sucedido con mi mamá se me dijo: "Tu mamá es parte de un grupo insurgente y fue secuestrada por el gobierno", y por eso nunca la entendí como una desaparición circunstancial. Además en la casa de mi abuela y en la de Marta se realizaban las reuniones ya sea de los compañeros locales o de las doñas del Comité ¡Eureka! que venían de la Ciudad de México. Para mí era muy claro que todos: Jorge, Olga, Jesús, Lorenzo, Luis Benito, Florencio, Javier Gaytán, que todos ellos eran parte del grupo grande que había sido desaparecido por el gobierno.

Mi activismo comenzó cuando me hice adolescente, cuando estudiaba la secundaria. En ese momento mi tía Marta, que se movilizaba con su esposo Juan Aquino, me integró a la lucha y yo respondí de mala gana. No sabía por qué respondí así, sólo recuerdo mi mal humor y enfado. Hasta que hace poco Mónica, una amiga de la secundaria, me contó una historia que había olvidado. Una vez, El Guaymas visitó Chihuahua e hizo actividades públicas de lucha y dio una entrevista que salió en primera plana del periódico: "Alicia está viva, yo la vi en el Campo Militar No. 1". El siguiente lunes en la escuela mis compañeros hablaban a

espaldas mías, cuchicheaban, que si mi mamá estaba presa, que si era delincuente, que si no era delincuente. Yo era la comidilla y creo que bloqueé esa sensación porque después me resistí a ir a las manifestaciones, a la plaza, me escondía atrás de algún árbol. Me resistía a ponerme el cartel con su foto y la leyenda "Secuestrada por el gobierno". Pero mi amiga Mónica se la ponía por mi.

Con el tiempo ese malestar se fue yendo y seguí acompañando a mi abuela y a Marta a oficinas de gobierno a reuniones; me tocó estar con el procurador Ignacio Morales Lechuga, con el secretario de Gobernación Sergio Granados, con el general Luis Montiel en la Quinta Zona Militar, con quien mi tía Marta tuvo buena relación. Incluso él alguna vez cenó en la casa. Años después, cuando llegué al Archivo General de la Nación (AGN) encontré que ese general, Luis Montiel, que había cenado en la casa, que era muy amable con las doñas del Comité, que gestó los encuentros con autoridades militares en la Ciudad de México, ese hombre era parte del grupo de los generales Arturo Acosta Chaparro y Francisco Quiroz Hermosillo, cercanos a la Brigada Especial.

Y no sólo acompañé a mi abuela y Marta, sino que lo asumí como una responsabilidad mía. En el año 2002 me hice cargo de la investigación documental en el Archivo General de la Nación y ante la Fiscalía Especial para el Movimiento Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP). En ese momento asumí ya no sólo la denuncia y búsqueda de mi mamá, sino la de todos los compañeros de Juárez y Chihuahua y me convertí, digamos, en la profesional del Comité.

El olvido ha sido devastador en nuestro país. El olvido y el silencio han permitido ocultar cómo en el pasado reciente de nuestro país se comenzó a gestar la asociación delictuosa entre militares, agentes del estado, narcotráfico. La mayoría de quienes vivimos en México creemos que la violencia que vivimos hoy es cuestión de hoy, pero esa violencia se ha gestado desde hace al menos cincuenta años.

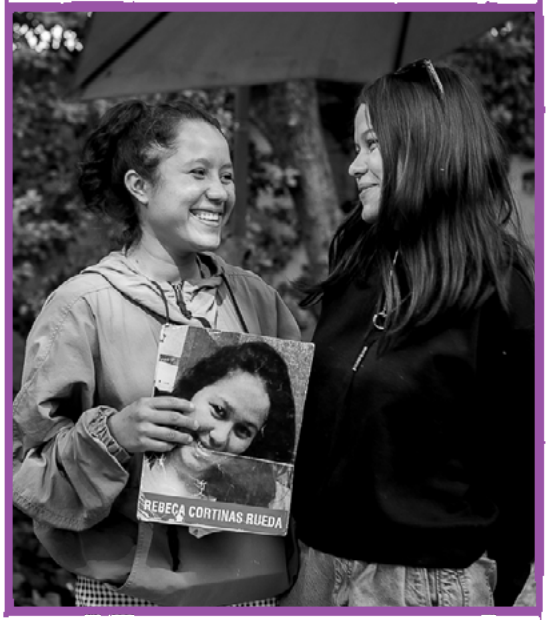
Y en ese sentido pienso en la memoria y en que la memoria no me interesa solamente en términos de nombres, ni organizaciones, me interesa en ejercicios de memoria dispuestos a entender y comunicar qué produjeron esos procesos políticos radicales.

Solemos poner atención en quiénes luchan y las razones de su lucha. En las personas y lo que representan, inspiran, simbolizan. Al lado de los héroes, más cercano al olvido, van quedando sus familias, sus hijos e hijas, sus compañeras o compañeros que quedan aquí después de la desaparición.

Cuando los compañeros volvieron del exilio, cuando salieron de las cárceles, cuando dejaron de ser perseguidos, se dedicaron a sus familias, a sus hijos, pero los hijos e hijas de quienes no volvieron, de quienes fueron asesinados o están desaparecidos, quedaron en el olvido por parte de los compañeros y de la sociedad. Y lo pienso no como un reclamo, sino como una reflexión, para pensar también, y ahora, en las comunidades huérfanas de las más de cien mil personas que hoy están desaparecidas.

Alicia de los Rios Merino

Es hija de Alicia de los Ríos Merino, nacida en el año 1952 en Bachíniva, Chihuahua, y de Enrique Pérez Mora, nacido en 1951 en Cuquio, Jalisco. En 1973 ambos, en sus respectivas ciudades, ingresaron a la Liga Comunista 23 de Septiembre y se conocieron el 22 de enero de 1976 cuando Alicia formó parte del comando armado para liberar a los presos en el penal de Oblatos, Jalisco, entre ellos Enrique. Alicia y Enrique se hicieron pareja y a los 5 meses de su encuentro Enrique fue asesinado en combate contra policías de la Dirección Federal de Seguridad. Era junio de 1976 y Alicia tenía un mes de embarazo. Alicia dio a luz a Alicia el 6 de febrero de 1977. Al mes de nacida la encargó a su familia materna con quien creció. Alicia de los Ríos Merino fue desaparecida por el Gobierno de México el 5 de enero de 1978 y es buscada por Alicia de los Ríos Merino, su hija.



Cristian y Gabriel se miran risueñas sosteniendo el retrato de su mamá, Rebeca Cortinas Rueda.

Cristian y Gabriel

"Ella era como nuestro barco. Un barco en el que yo estaba adentro, navegando sobre el mar, y si el barco ya no está, tú te vas al fondo del océano y te ahogas y pues así estoy, así me siento ahorita. Como ahogada porque ya no está nuestra mamá y porque la necesitamos".

– Gabriel Navarro Cortinas

"Yo no me he sentido cuidada en este tiempo. No al cien por ciento. Nunca ha faltado alguien que cubra las necesidades básicas. Pero hay cosas que no puedo hablar, que no puedo preguntar y muchas cosas que no pude sacar, y que ahorita yo siento que me afectan. Casi no hablamos de mi mamá".

– Cristian Alexa Navarro Cortinas

Entrevistadoras: ¿Hay algo que quieran comentar de su mamá?

Cristian: Antes que nada, decirles que nuestra mamá se llama Rebeca Cortinas Rueda y tiene 35 años. Que sepan que ella existe.

Gabriel: Era una mujer fuerte y era muy sonriente, muy alegre. Eso me gustaría decir de ella.

Cristian: Es, es. Mi mamá, nuestra mamá todavía es.

Gabriel: Quiero que sepan que la necesitamos mucho y que la extraño todos los días, que no hay un día en la vida que no la necesite y que la quiera, que la extraño, que me hace falta. Anoten eso. Sepan eso.

Cristian: A veces quisiera escuchar su voz diciéndome que me quiere.

Gabriel: Yo quisiera sentir por lo menos un abrazo.

Cristian: A mí ya se me olvidó cómo se ríe, cómo habla.

Gabriel: Hay muchas cosas que ya no sabemos pero no se nos olvida que siempre se reía, que sonreía mucho, mucho mucho. No hay una foto en donde no esté con una sonrisa porque era muy alegre.

Cristian: Porque ES muy alegre.

Gabriel: Y porque independientemente de todo lo que pasó, yo creo que mi mamá no nos hubiera dejado solas, no nos hubiera querido ver sufriendo.

Cristian: No, nunca fue una mala mamá, nunca nos pegó, nunca nos gritó, nunca nos hablaba feo, no. O sea, siempre estaba ahí.

Gabriel: En la ficha de su búsqueda, mi mamá sale sonriendo. Ella siempre sonreía.

Rebeca Cortinas Rueda, desaparecida el 30 de agosto de 2018 en Matamoros, Coahuila. Características:

- Complexión robusta
- Cara redonda
- Tez moreno
- Ojos grandes, color café
- Cabello largo, ondulado, negro
- Nariz chica
- Orejas: pequeñas

Madre de 3 hijas, Cristian, Gabriel y Ariel. Tenían 13, 11 y un año 8 meses cuando fue desaparecida. Ariel aún tomaba pecho. Seña particular: una cicatriz de cesárea.

Mi nombre es Cristian Alexa Navarro Cortinas, tengo 17 años, nací el 12 de abril de 2005 en Lerdo, Durango, pero fui criada en Torreón, Coahuila. No estudio y no trabajo. A veces leo, a veces veo la TV. Tampoco tengo muchos pasatiempos, sólo el de escribir, escribo lo que tengo en la mente y ya.

Yo me llamo Gabriel Elen Navarro Cortinas, nací el 15 junio del 2006 en Torreón, Coahuila, tengo 15 años y estudio. Me gusta escribir y estar en el celular. Casi no me gusta leer, el hábito por escribir me lo pegó Cristian, escribo lo que se me viene a la mente.

Estamos aquí para contarles la historia de nuestra mamá. De su desaparición. Es muy difícil hablar de esto.

Cristian: Pasó por muchas cosas muy feas antes de que desapareciera, se veía triste.

Gabriel: Y sus ojos estaban tristes, no brillaban, había cosas que no nos decía.

Cristian: Aún así ella siempre intentaba sonreír enfrente de nosotras, aunque estuviera muy triste. Y cuando lloraba, trataba de limpiarse las lágrimas para que no la viéramos.

Gabriel: Y nos decía que teníamos que ser fuertes, que nos quería mucho y que aunque hubiera muchas cosas malas en el mundo, teníamos que ser fuertes... Como ella... Ella era muy fuerte y cuando dejó de serlo fue porque alguien le quitó su fuerza.

Cristian: Como que dejó de brillar.

Gabriel: Y yo creo que cuando te quitan tu luz o con lo que tú brillas, te quitan todo... Me gustaría que no le hubieran quitado su fuerza.

Cristian: Su última pareja… Había muchos golpes, muchos gritos, a nosotras casi no nos tocó un golpe de su pareja, no. Fue algo peor: ver a mi mamá, que la golpeaba muy seguido… Fue algo muy difícil.

Gabriel: Cuando pasó la primera ocasión de que le pegó, me acuerdo que yo estaba acostada, dormida y de repente escuché gritos, mi mamá estaba pidiendo ayuda y nosotras fuimos al otro cuarto y su pareja de mi mamá estaba arriba de ella, ahorcándola y nosotras nos abalanzamos contra él e intentamos quitárselo y pues yo, con mi mente de niña, quería agarrar la llave y abrir la puerta e irme corriendo a casa de mi abuelita. Era una distancia grande para una niña, pero yo me sabía la distancia, cruzar carreteras, cruzar montes, yo sí sabía por dónde irme.

Cristian: Es que pasaron muchas cosas… hubo muchas ocasiones en las que teníamos que pedir más ayuda porque nosotras no podíamos. Una vez llamamos a la policía y cuando llegaron me acuerdo mucho de que mi mamá les dijo que no pasaba nada, porque él tenía a la bebé adentro, y la estaba amenazando y mi mamá le dijo a la policía que todas estábamos bien y yo sentí mucho coraje.

Nosotras queríamos que se separara de él, si ella ya no podía o algo, que le ayudaran, que le ayudaran a ello, que nos ayudaran a nosotras, pero fue todo lo contrario. Nos mandaron a vivir a casa de mi abuelita, para protegernos.

Cristian: Y a mi mamá le pegaba más y más y más, y llegamos y la veíamos toda morada… Yo no culpo a mi mamá, no la culpo. Ella era buena mamá… Quiso emprender un negocio con figuritas de yeso, su plan era llevarlas y que la gente las pintara, después nos dimos cuenta que no resultaba y las pintábamos nosotros y el plan era pintarlas y venderlas como decoraciones, pero al final no más fue que un pasatiempo entre las tres. O sea, mi mamá no era una mala mamá.

Gabriel: Yo creo que aunque ella nos amara, yo nunca me sentí como niña, como que alguien me cuidara. Como que sentía "tengo que cuidar a mi mamá". Porque aunque yo estaba más chiquita que mi hermana como que yo las veía más débiles y a mi mamá también la veía más débil…

Cristian: …

Gabriel: Pero cuando ella desaparece fue más difícil aún porque me sentía sola, sin nadie, al menos con mi mamá me sentía segura. Si yo no tenía dónde ir, pues estaba mi mamá. Donde estuviera ella era nuestro lugar, pero ahora ¿dónde es nuestro lugar, si no está mi mamá? Aunque esté tu tía y tu abuelita, ahí no es tu lugar, porque ahí no está tu mamá.

Cristian: Ahora vivimos con mi tía, hermana de mi mamá.

Gabriel: Y con mi tía… Pues no termina de ser mi mamá, ella tiene a sus hijos y a veces veo a mis primos con mi tía y yo quisiera abrazar a mi mamá otra vez, o estar con ella. Se siente feo, pero intentas no pensar tanto para no estar todo el tiempo así…

Cristian: Estar como triste.

Gabriel: En estos años que mi mamá no está, me he sentido muy desprotegida, aunque esté mi tía o mi abuelita.

Cristian: Yo no me he sentido cuidada en este tiempo. No al cien por ciento. Nunca ha faltado alguien que cubra las necesidades básicas. Pero hay cosas que no puedo hablar, que no puedo preguntar y muchas cosas que no pude sacar, y que ahorita yo siento que me afectan. Casi no hablamos de mi mamá.

Gabriel: Cuando estás niña, necesitas a alguien que te cuide, que te diga: "Ve a la escuela", "¿ya comiste?", que te esté cuidando, que te esté diciendo: "No está bien que hagas esto", para que te enfoques en lo que realmente te necesitas enfocar. Porque tienes a alguien que te está respaldando, que te está cuidando, que te está aconsejando, que se está preocupando por las cosas que tú no te deberías de preocupar.

Cristian: Sí, para que no te descarriles, para que no te pierdas. Para que tengas tus prioridades. Para que sientas que importas. Para que te quieras.

Cristian y Gabriel posan
con sus retratos de niñas.

Gabriel: Ese día mi mamá fue a la casa y nos llevó *hot cakes*, se veía emocionada, nos platicó cómo los había hecho, qué les había puesto.

Cristian: Nos dijo que le había echado un ingrediente secreto porque habían quedado bien bonitos los *hot cakes*.

Gabriel: Y es que no le salían y ese día sí le salieron.

Cristian: Le salieron bien bonitos y nosotros no pensábamos que fuese a ser la última comida que íbamos a comer de ella. Y nos los dejó en la casa de mi abuelita y salió y se fue.

Gabriel: Al día siguiente yo fui a la casa de mi mamá, nosotras vivíamos con mi abuelita por toda la violencia, y fui a su casa y la casa estaba sola y yo empecé a sentir algo muy raro y yo le dije a mi abuelita: "abuelita es que a mi mamá le pasó algo porque mi mamá no ha vuelto", no fue a dormir y no nos contestaba la llamada.

Cristian: El teléfono dejó de dar tono, le marcábamos y no daba tono.

Gabriel: Y llevábamos dos días y no estaba mi mamá en la casa y así es como nos dimos cuenta de que ya no estaba… y nos dijo que iba a volver…

Cristian: Mi abuelita no nos podía explicar nada, qué nos explicaba si ella tenía la cabeza en la misma, como nosotras, llena de dudas: qué pasó con su hija, cómo pasó, quién fue.

Gabriel: Pasaron como tres, cuatro días y pusimos la denuncia.

Hubo un tiempo en que no podíamos ir a la escuela porque mi abuelita tenía que salir a la fiscalía o hacer trámites, marchas, protestas. Y nos quedábamos en la casa a esperar, a ver qué pasaba, qué seguía o qué nos decían. Y pues nunca nos decían nada, nada. En todo lo que mi abuelita se movió, no hubo ninguna respuesta. Cuando nos dieron el expediente de la búsqueda de mi mamá era como una hoja en blanco, o sea sólo decía lo que nosotras habíamos dicho y no tenía nada de la búsqueda de mi mamá. Nos hubiera gustado que nos escucharan, les decíamos,

nos cansamos de decirles de la pareja de mi mamá, ahí hay algo, vayan por él. Pero se limitaron a sacar fotos de la cama donde ella dormía.

Gabriel: Yo ya estaba harta de que su pareja la golpeara. Un día, antes de que desapareciera, ella estaba volteada y llorando, me dijo que estaba harta y que ya no podía más y me dijo que si algún día ella se iba o no estaba con nosotras, me dijo, tienes cuidar a tu hermana y tienes que ser muy fuerte, muy, muy fuerte en lo que yo vuelvo. Porque iba a volver. O sea cuando ella pudiera iba a volver porque no nos iba a dejar solas y eso, hasta ahorita, es lo que me ha hecho ser fuerte, porque ella me dijo que fuera fuerte "porque no va a ser fácil, no va a ser fácil, si yo no estoy con ustedes". Como que nos preparaba a ser más fuertes, ella me dio la fuerza que necesitaba, me dejó con ese "tienes que ser fuerte, tienes que ayudar a tus hermanas" y yo creo que eso es lo que a mí me ayuda.

Cristian: Yo no sé si lo he sobrellevado. Muy seguido no sé quién soy, ni quién debo ser. Han pasado varios años y aún no siento paz, siento como si me aplastaran, casi nunca puedo sola. Tal vez si tuviera a mi mamá, la carga sería menos pesada. No sé, quizá no me sentiría tan sola aquí.

Gabriel: No es fácil acompañarnos entre nosotras porque lo sobrellevamos de diferente manera las dos. Yo intento enfocarme en el presente y no en el pasado. A veces siento que estuviera en una cápsula y ahí estuviera nada más viviendo, como un lugar desértico, y me pregunto qué hago aquí. A veces el día a día me sirve. A veces. No siempre sirve.

Cristian: Yo me sentí como dejada a la deriva, como a mi suerte porque, la verdad, yo no sentí que mi mamá en algún punto de nuestra vida nos estuviera preparando para dejarnos.

Gabriel: Nos refugiábamos entre las cuatro, nuestra abuelita y nosotras sus tres hijas, pero como que igual eso no terminaba de servirnos, porque mi abuelita nos decía: "Ustedes son mis fuerzas" y pues no, abuelita es que yo no puedo, yo soy una niña.

Rebeca Cortinas Rueda. Madre de Cristian, Gabriel y Ariel.

Cristian y Gabriel siendo niñas

Cristian: Recuerdo en una situación haberme sentido sola, una vez que tenía mi primer torneo de taekwondo, iba para otra cinta y cuando llegué estaban los papás de mis compañeros apoyándolos y la neta eso me bajoneó, me dije estoy aquí yo sola y la verdad es que ni siquiera me esforcé, me sentí triste, ya no quiero, y ya dejé de ir.

Gabriel: A veces te sientes como desorientada, como que a veces quieres hacer algo y tú lo haces esperando que alguien esté ahí, orgulloso de que tú estás haciendo algo grande y no tienes a nadie que te reconozca, pero cuando tú haces cosas malas es cuando la gente en verdad te pone como que la atención que según ellos tú necesitabas, pero ya lo necesitabas desde antes… El daño ya lo tengo, o sea no sé, no sabría cómo echarle pegamento a una herida o hacer la cicatriz, no siempre se puede sola porque no sabes cómo.

Cristian: Era, es nuestra luz. Como una lucecita que nunca se apagará.

Gabriel: Ella era como nuestro barco. Un barco en el que yo estaba adentro, navegando sobre el mar, y si el barco ya no está, tú te vas al fondo del océano y te ahogas y pues así estoy, así me siento ahorita. Como ahogada porque ya no está nuestra mamá y porque la necesitamos.

Cristian: Me gustaría tener una vida tranquila, no sé, llegar a mi casa, a una casa mía, llegar y recostarme, dormir, que nadie me levante, que nadie me diga qué hacer. Llegar a mi casa, sentirme tranquila, tener paz. Deseo la paz, sentirme libre adentro, no sentir como si tuviera algo negro dentro de mí que no me deja ser feliz, que no me deja vivir bien. Que me tapa los ojos y no me deja ver bien. No me deja ver bien y no termino de saber quién soy yo. O que no me deja seguir porque no me deja pensar, no sé cómo decirlo. Eso se va haciendo más grande y como que me consume, y me siento mal. Muchas veces me siento muy sola, que no tengo a nadie, que todo el mundo es muy grande en comparación de mí, porque me siento muy chiquita.

Hemos sentido que debemos sostener a los adultos. Los adultos piensan que por ser adultos ellos han vivido más y tienen más conocimiento y no nos escuchan y se equivocan. También los niños somos personas, o sea, también podemos opinar. Los niños no somos débiles, pero creemos que los adultos no deberían descargar

tanto en los niños, que sean más considerados y escucharlos. Y decirles a los niños que no tienen a sus papás, que de todo lo malo que venga, va a haber algo bueno. De todo eso malo van a sacar algo bueno y tienen que ser fuertes, más fuertes de lo que ya son porque van a venir cosas peores, mucho peores que eso y tienen que aprender a sobrellevarlo y tienen que ser fuertes. Y a veces alguien te va a decir aquí está mi mano, ven agárrala. Pero a veces no habrá nadie.

Cristian: Muchas veces sientes que no tienes un lugar y tienes que buscar otro como si fueras una mariposa buscando flores, pero no encuentras tu lugar y te sientes muy fuera de todo. Entonces tienes que buscar la manera de estar bien. Pero no siempre he estado bien. Yo creo que a mi mamá le daría mucha tristeza vernos porque no lo hemos llevado nada bien y no la hemos pasado bien y creo que no es algo de lo que ella se sentiría orgullosa. No hemos hecho cosas muy buenas, cosas de las que ella debería estar orgullosa. Yo siento que se sentiría decepcionada, se sentiría triste. Se sentiría triste de vernos.

Gabriel: Yo, ahorita, ya no he querido estar dentro de la búsqueda de mi mamá, no quiero enfocarme en mi mamá, en dónde quedó y qué pasó, porque enfocarme en ella me desenfoca de mí. No es que elija un camino de esos dos caminos, ella o yo. Es más bien que lo que pasó me ha llevado a donde estoy ahorita y aunque a veces no sé dónde estoy, la verdad, es que quiero enfocarme en mí misma. Que nadie venga a imponernos su ley, ni sobre nuestra mamá, ni sobre nosotras, porque te quitan tu luz.

Gabriel: Hemos aprendido a ser fuertes y no rendirnos. Todo esto que estamos sufriendo y que estamos llevando nos va a llevar a algo mejor y en un futuro tal vez, con mi mamá o sin ella, yo me veo bien, me veo fuerte, me veo grande y me veo bien porque todo esto es el amor. Y sé que donde esté ella, ella lo ve.

Cristian Alexa y Gabriel Navarro Cortinas:
Junto con Ariel, son hijas de Rebeca Cortinas Rueda, que fue desaparecida el 30 de octubre del 2018 en Matamoros, Coahuila. Rebeca tenía una pareja que ejercía violencia contra ella. La policía no lo ha detenido, pese a las denuncias de

Feliciana, la madre de Rebeca. Cuando Rebeca estaba en casa, le gustaba cocinar para sus hijas y ver juntas Los Simpson mientras cenaban. Un periódico de Torreón solía pedir a sus lectores que compartieran en línea fotos de momentos felices: el 3 de febrero del 2010, Rebeca compartió una foto de Cristian y Gabriel de bebés, vestidas con un mameluco azul y uno rosa, en la foto Cristian mira a la cámara y sonríe tímidamente, Gabriel mira hacia el frente. Para Rebeca esa imagen de sus hijas fue un momento feliz.

Durante el cierre de este libro, el 19 de septiembre del 2024, las autoridades informaron a Feliciana Rueda que encontraron el cuerpo de su hija, casi seis años después de su desaparición. Rebeca fue enterrada en Torreón rodeada de su madre, sus hijas y hermanas.

Luis Miguel Corral cargando su cunita y
su retrato de cuando era bebé.

Luis Miguel

"Como humanos les admiro, pero como hijo, no fue la mejor decisión, yo hubiera elegido ser padre, no guerrillero".
— Luis Miguel Corral García

Soy Luis Miguel Corral García, homónimo de mi padre: Luis Miguel Corral García. Nací el 29 de mayo de 1977, en algún lugar de la Ciudad de México.

Un día de junio de ese año una persona joven tocó a la puerta de una casa, alguien abrió y ese joven le entregó un moisés amarillo con una cartita, dijo "aquí les mandan" y se fue corriendo. Era la casa de la hermana de mi abuela paterna porque la casa familiar estaba vigilada. Yo tenía 15 días de nacido y 15 días después asesinaron a mi padre. Él era militante de la Liga Comunista 23 de Septiembre.

Hoy tengo 45 años y he vivido siempre en Ciudad Juárez con mi familia paterna, mi abuela Concepción y mi tía Adela, ambas me criaron, son mis madres. De mi abuelo Telésforo Corral tengo recuerdos borrosos, como cuando yo era pequeño y jugaba con sus pies mientras él estaba acostado. Aunque nunca se lo diagnosticaron, mi abuelo se habrá enfermado de Alzheimer o demencia senil después de lo sucedido con mis tíos y mi papá: mi papá Luis Miguel y mi tío Salvador fueron asesinados, mi tío José de Jesús fue desaparecido.

En aquella época, mientras mi abuelita se aferraba a buscar a su hijo José de Jesús, mi abuelito se perdió, era mucho lo que había pasado con sus hijos. La familia me ha contado que cuando llegué, él mejoró; tenía motivos para levantarse

cada día. Cuentan que todos los días iba a comprar naranjas y me preparaba un jugo fresco. Murió cuando yo tenía tres años y medio.

El ambiente familiar Corral García siempre ha sido muy amoroso, a la casa llegaban mis tíos y muchas otras personas, todas pendientes de mi mamá (mi tía Adela), de mi abuelita y de mí. Era el niño más consentido de los tíos, recibía más regalos y acaparaba la atención de todo el mundo, yo creo que por mi condición de orfandad. Fue una buena niñez, no tuve carencias ni afectivas ni económicas, a lo mejor de tiempo, porque mi mamá siempre fue una mujer muy trabajadora, y pasaba mucho tiempo solo. Aunque para ser sincero, a pesar que siempre estuve rodeado de cariño, en mi niñez y mi adolescencia sentí una ausencia porque crecí sin la figura de mi padre. Yo creo que por esa ausencia, desde adolescente quise ser padre, y ser un padre presente para cumplir con lo que yo tanto anhelé de niño.

Mi infancia transcurrió entre la escuela y la calle, en donde jugaba hasta la medianoche con los niños del barrio. Fui vago como pocos, pero sin problemas, aunque era el menor de todos mis amigos que me llevaban cuatro o cinco años. Siempre fui feliz.

Desde muy chiquito mi mamá Adela me explicó: "Su papá murió, su mamá también y yo a usted lo quiero como si fuera mi hijo". Si ellos vivieran mi nombre sería Luis Miguel Corral Montoya. De mi mamá, Cruz Elena Montoya, conozco muy poco. Su hermana Rosy me encontró a los dos años y me llevó a conocer a mi abuelo materno, con quien recuerdo estar contento platicando. Murió cuando yo tenía cinco años.

Recuerdo que mi tía Rosy me invitaba a comer una nieve, o a visitar a la familia, pero nunca hablamos sobre mi mamá. De niño no sabía cómo preguntarle, nunca indagué qué le gustaba, cómo era mi madre, nunca supe. Aún no sé, es un pendiente que traigo conmigo.

Mi mamá Adela mandó pintar al óleo un cuadro familiar con nosotros tres: los rostros de mi papá Luis Miguel Corral, mi mamá Cruz Elena Montoya y yo en medio de ambos. En mi primera infancia conocí las fotografías familiares de mi papá y las pocas que teníamos de mi mamá. Sin embargo, la versión oficial sobre la ausencia de mis padres era que ellos habían muerto en un accidente.

Cuando tenía siete años, cambiando los canales de televisión, vi a mi abuelita Concepción dando una entrevista al Canal 26 de Juárez, narrando cuando

mataron a sus hijos Salvador y Luis Miguel, y la exigencia para encontrar a mi tío desaparecido José de Jesús. Fue ahí cuando me enteré de qué le había pasado realmente a mi papá. Escuché la noticia asombrado y enojado, pues mi familia me había contado puras mentiras.

A partir de ahí, puse más atención en lo que decía y hacía mi abuelita. Si antes de ese momento cuando venían las doñas me iba a jugar, después comencé a escuchar las pláticas y a parar la oreja. Comencé a preguntar a mis tíos Eloy y Martín, los hartaba con muchas preguntas, mientras armaba y desarmaba mis juguetes para entender cómo funcionaban.

Fue hasta el día que me animé a reclamar a mi abuelita y ella me contó lo que ocurrió con mis padres. Recuerdo estar muy enojado porque no me habían dicho la verdad. Cuando confronté a mi abuela, relacioné que mi mamá Adela era la hermana de mi papá Luis Miguel. Adela es la tercera de once hermanos y mi papá era de los más chicos, el octavo. Soy su único hijo, ella nunca tuvo un compañero de vida, ella siempre estuvo para mí.

A mi padre Luis Miguel lo recuerdan como el más alegre, le encantaba la fiesta, pasearse y chulear a sus hermanas, le gustaba la bohemia. Mi tío Salvador, un muchacho bonachón y compasivo, les anunció que cambiaría el mundo, sembró la semilla en mi papá y en mi tío Jesús. Mi tío Chuy era más serio, un físico matemático estricto y enojón.

Desde 1973, tres hermanos de la familia Corral García ingresaron a una organización insurgente, comunista y radical nacional. A mi tío Salvador lo detuvo la Dirección Federal de Seguridad (DFS) el 30 de enero de 1974 en Sinaloa, y tras su tortura en la Ciudad de México apareció ejecutado en Monterrey. Dos años después, el 8 de marzo de 1976, mi tío José de Jesús fue detenido en Puebla y trasladado al Campo Militar No. 1, donde fue desaparecido. Mi abuela lo buscó de inmediato y se integró al "Comité Pro Defensa de Presos, Perseguidos, Desaparecidos y Exiliados Políticos de México", que luego se llamó Comité ¡Eureka!. A principios de 1977 mi papá Luis Miguel se comunicó con mi abuela y le pidió que fuera a la Ciudad de México.Para ese entonces mi papá era pareja de Cruz Elena Montoya, juarense militante de la Liga, quien estaba embarazada de mí. Nadie de la familia los conoció como pareja, excepto mi abuela Concepción.

Luis Miguel con su esposa Enedina, su hijo Jorel y Adela, su tía y madre de crianza, sostienen dos retratos, el primero con sus padres Luis Miguel Corral y Cruz Elena Montoya; el segundo con la familia Corral García completa.

Ambos en la clandestinidad organizaron una reunión expresa con mi abuela Concepción para asegurar que la familia paterna se hiciera cargo de mí. Tal vez, lo más importante para ellos, en ese momento, era que mi mamá Cruz Elena le dijera personalmente y de su voz a mi abuelita, que ella quería que yo me criara con la familia Corral García. Me contaron que mi mamá Cruz Elena le anunció: "Vamos a tener un hijo y quiero que se crie con ustedes". Mi abuela aceptó, por eso ella sabía que algún día llegaría, pero no sabía cuándo ni cómo. Es algo que pudieron haber hecho por otros medios, con una llamada, o tan solo enviarme, pero querían conversar en persona con mi abuela. En verdad se arriesgaron mucho, pero pienso que querían salvarme.

Así que un día de junio de 1977, llegué en ese moisés, entregado por un joven anónimo, pues nadie reconoció al mensajero, era impensable que fuera mi papá, porque la policía lo buscaba y espero que no haya sido mi mamá, porque me es muy difícil comprender el desapego de dejarme ir. Supongo que ella escribió una carta donde informó el día que nací y qué hacer conmigo: cuántas onzas tomaba de manzanilla y de fórmula, qué pomada me aliviaba las rozaduras... Esa carta ya no existe, era un manual de instrucciones que cumplió su función, cuya ausencia no me inspiraba mayor sentimiento porque no soy apegado a las cosas, nunca guardo nada. Curiosamente, sólo guardo el moisés donde me enviaron mis papás, hasta la fecha no lo he podido tirar, tan solo no puedo. Es un lazo con mi madre y padre, los zapatitos, la cobijita, pues eran míos, pero la cunita, el moisés lo tomaron los dos, es lo único que tengo de ellos.

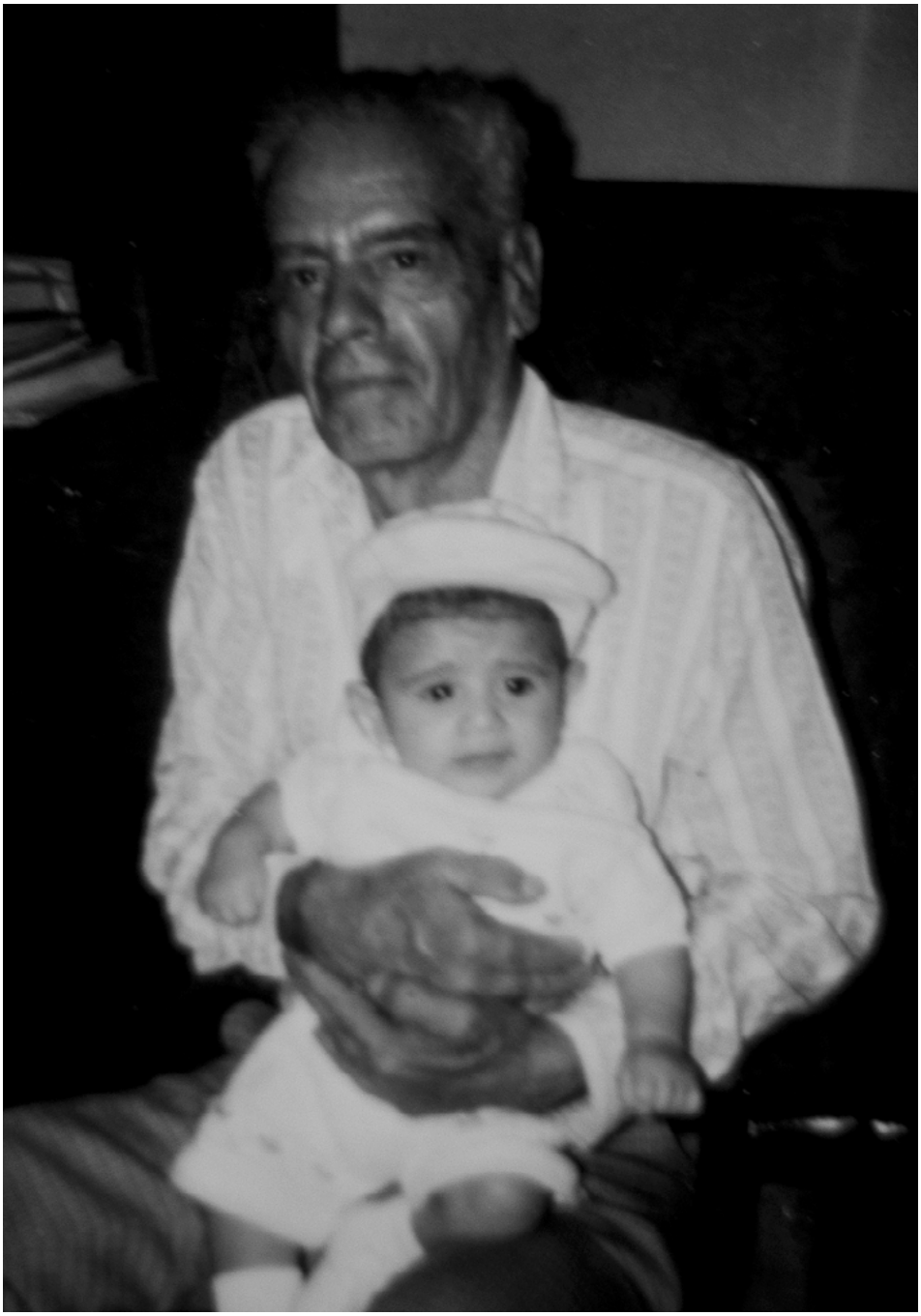
Después de que me trajeron a la casa familiar, me han contado que discutieron quién me iba a criar y mi mamá Adela dijo: "Es mío, yo me lo voy a quedar". Ella tenía treinta y ocho años cuando me registró como madre soltera y pensó en llamarme José de Jesús, como mi tío desaparecido. Pero cambió de decisión después de enterarse que ejecutaron a mi padre en una emboscada en la Ciudad de México, el 24 de junio de 1977. Decidió nombrarme como a mi papá. Él tenía 27 años. Sé que mi mamá Cruz Elena siguió militando en la Liga hasta que fue asesinada extrajudicialmente el 1 de septiembre del mismo año. Hasta el momento de esta entrevista no sé qué pasó. Los cuerpos de ambos fueron trasladados por sus familias hasta Juárez para ser sepultados.

Cuando mi abuela Concepción salió en la tele, empecé a poner mucha atención en lo que decía. Unos meses después, recuerdo que estaban encerrados hablando mi abuela, Marta de los Ríos, Juan Aquino, no recuerdo si la señora Irma Coronel y alguien más del Comité de las doñas. Desde el patio, yo los escuchaba por una ventana. Recuerdo que antes me decían: "vete a jugar a la calle" y me iba, pero después de esa entrevista, ya no era el mismo niño despreocupado. Me acuerdo que en esos días conocí a Alicia de los Ríos, desde chiquitos, de toda la vida. Ella es la única persona en mi misma situación con quien he convivido. Conozco más pero no he convivido con todos. Nosotros nos convertimos en una familia.

Con mi abuelita siempre hablé mucho y la admiré porque no se quejó de enterrar a cinco hijos y un esposo, y seguir tras el hijo desaparecido. Me conmovía la forma en que comprendía a sus hijos guerrilleros. La búsqueda no fue un estilo de vida para la familia, porque mi abuela siempre se movilizó por su hijo sin involucrar al resto. Cuando preguntaba, mi abuela me decía que mi tío Salvador desde muy chico salía a la periferia a tomar fotos de las casas de la gente más necesitada y le decía a mi abuela que él iba a hacer algo para cambiar eso."Órale, ahí está la historia", me dijo un día que me entregó un montón de periódicos viejos y de revistas "Alarma!", en donde leí la versión oficial de la historia de mi padre y mi madre.

De esos años tengo un recuerdo intenso. Fue un día de noviembre de 1988 y muchas señoras llegaron a dormir a la casa, arrinconaron los sillones de la sala y los muebles del comedor para tender cobijas en el suelo, en el pasillo y en las recámaras, había gente dormida por todos lados. Era una aventura pasar al baño, porque había que saltar a todas las personas acostadas en el piso. Mi mamá Concepción hizo una olla de muchos litros de frijoles con queso, y varias carteras de huevo para alimentarlas a todas. La mitad de las señoras salían a fumar en la calle, aquello era todo un show.

Tengo el recuerdo que había un vecinito mayor que yo, como cinco años más, él era mi amigo y su papá trabajaba en la entonces Policía Judicial. Esa tarde vino a preguntarme qué pasaba en mi casa, nada, le dije, y pregunté por qué. Él insistió: "¿De verdad no ocurre nada? es que mi casa está llena de federales, de la judicial, del Ejército y están cuidando tu casa". Le aseguré que no, que sólo estaban las amigas de mi abuelita. Así quedó. Al día siguiente, todas las huéspedes salieron de madrugada, pero al mediodía, cuando regresé de la secundaria, vi en la televisión que mi abuela y las doñas cerraron la carretera Panamericana durante horas, por más de medio día. Ocasionaron un desastre, las imágenes eran impactantes. Antes de eso ellas se movilizaron en huelgas en Catedral, protestas en el Zócalo y en



Luis Miguel Corral en los brazos de su abuelo Telésforo Corral.

Luis Miguel Corral en su bautismo, cargado en los brazos de su tía Adela Corral, su madre de crianza.

Los Pinos, pero ese día cerraron la carretera Panamericana para que el presidente Miguel De La Madrid las recibiera. En la manifestación las apoyaron traileros quienes atravesaron sus camiones para impedir el desvío de los automovilistas. Me acuerdo y aún me emociono. Otra anécdota parecida fue en el 2006, en los últimos días de vida de mi abuelita, el Subcomandante Marcos vino a la casa y también se hizo un escándalo con los vecinos, porque cerraron la calle y había mucha policía.

Sé que por sobre todas las cosas, mi abuela quiso saber de su hijo Jesús. No lo logró y no puedo imaginar qué es guardar la esperanza de encontrar a una persona desaparecida, porque en el caso de mi papá y mi tío Salvador, ellos están muertos, los sepultaron, se acabó.

De niño no tuve problemas por no tener papá, me daba igual, sólo estaba enojado por la mentira. Con la rebeldía de la adolescencia, el sentimiento de abandono me afectó porque anhelaba la presencia de él y me hizo falta con quien hablarlo. Entre los 15 y los 19 años iba mucho a su tumba, más a la de mi papá que a la de mi mamá. Me saltaba la barda de madrugada y me sentaba a platicar lo que sentía. Desde esa edad tuve muy claro que quería ser papá, no futbolista ni ingeniero, sino papá. Hoy, con dos hijos no entiendo a mi padre. A mi madre menos, pero como no experimenté la carencia de la maternidad, lo he problematizado menos.

Sin embargo, no me puedo quejar, me fue bastante bien, más que a otras personas que viven con su familia nuclear completa, pero no conocí lo que era tener un papá. Lo más cercano a ese rol lo ejerció mi tío Eloy.

Valoro mucho lo que hicieron Luis Miguel y Cruz Elena porque no tenían necesidad de cambiar el mundo, porque se les estaba acomodando a ellos. Entiendo que deseaban transformar lo que estaba mal, y que el mundo cambió gracias a lo que hicieron, cuando menos hay un México antes y otro después, un México diferente. Seguramente no hubieran sucedido muchas cosas si ellos no abren esa caja de pandora, pero me inquieta pensar que supieron con antelación que iban a perder y, aun así, decidieron hacerlo. Admiro su determinación, que no actuaron por carecer de opciones, sino por decisión. Ojalá todos tuviéramos opciones, porque el mundo sería más equilibrado. Como humanos les admiro, pero como hijo, no fue la mejor decisión, yo hubiera elegido ser padre, no guerrillero.

Antes mi mayor reclamo era hacia mis papás, porque decidieron no estar conmigo. Hoy comprendo que se vulneró mi derecho a crecer con mis padres. Si el Estado considera correcto que les emboscaran y asesinaran, debe decirle al país por qué lo merecían. Como sociedad necesitamos que esas violaciones se esclarezcan, que digan cómo sucedió y garantizar el acceso a la justicia. Me parece increíble el desconocimiento de este período, ningún papá de mis amigos sabe lo que sucedió, aunque son contemporáneos de mis padres.

Cuando estaba en la preparatoria, una amiga me escuchó platicar sobre mi papá. Un día le di un aventón a su casa y me dijo: "Quiero platicártelo yo. Mi papá fue de la Brigada Blanca". Órale, pero ni tú ni yo tenemos la culpa, le contesté. Ni siquiera pregunté quién era su papá, ¿para qué? No queremos venganza, sólo esperamos justicia.

Hoy todavía tengo mis conflictos, pero ya no estoy tan enojado. La familia continúa orgullosa de mis tíos y de mi papá, si bien no hablábamos de ellos en todos lados, tampoco los ocultamos. Mi esposa Enedina y yo nombramos a nuestro hijo mayor Luis Miguel, como su abuelo. Desde que mis hijos eran pequeños y preguntaban por sus abuelos, intenté responder con la verdad. A mis padres Luis Miguel y a Cruz Elena nunca los he soñado, pero cuando he estado en peligro y no me ha pasado nada, sé que su fortaleza es lo que me ha protegido.

Luis Miguel Corral García
Nació el 29 de mayo de 1977. Es hijo de Cruz Elena Montoya y de Luis Miguel Corral García, ambos militantes de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Luis Miguel padre fue fundador de esa organización en Ciudad Juárez y dirigente nacional de este grupo armado. Cruz Elena estuvo presa en Juárez entre 1974 y 1976, pero cuando fue liberada, viajó a Ciudad de México donde se encontró de nueva cuenta con Luis Miguel. Fue en ese momento cuando se embarazó de Luis Miguel.

A los quince días de nacido, alguien, que hasta ahora no se tiene certeza quién fue, lo llevó hasta Ciudad Juárez para mantenerlo a salvo de la represión estatal. El padre de Luis Miguel fue asesinado tras una emboscada el 24 de junio de 1977 y Cruz Elena fue asesinada por el Estado el 1 de septiembre de ese mismo año, ambos en el entonces Distrito Federal, ahora Ciudad de México. Luis Miguel hijo creció con su familia paterna. Está casado con Enedina desde hace 24 años, es padre de dos hijos. Hoy continúa sin conocer el paradero de su tío José de Jesús Corral García, desaparecido el 8 de marzo de 1976.

Kim y Heber sostienen un retrato de su infancia.

Heber y Kim

"Tengo la imagen de un animal recién nacido, desorientado
que no sabe a dónde voltear. Así nos sentíamos: insignificantes".
Heber Reveles

"¿A quién le voy a decir que logré entrar en la universidad?,
¿o que tengo un trabajo o que necesito un consejo?
¿Cómo le hago? No se puede. No tengo a quién decirle eso.
Ha sido difícil crecer así".
Kimberly Reveles

Soy Kimberly Reveles, tengo 22 años y estudio idiomas, también trabajo.

Y yo soy Heber Reveles, tengo 21 años y estudio ingeniería en parasitología agrícola, soy tesista y prestador de servicio social en la Universidad de Chapingo. Me gusta el deporte, el ciclismo, correr, natación, trepar cerros, recolectar insectos. Trabajo en un laboratorio con insectos, les doy de comer, los cuido. Me encanta el café.

Nos encanta el café.

Kimberly: A mí me gusta leer, escuchar música, pero no tengo tiempo para eso. También me gusta dibujar, me ayuda a distraerme del estrés de la escuela, del trabajo. No hago más que estudiar y trabajar, trabajo para mantener mis estudios y estudio para lograr mis metas. Pero a veces no sé si voy a lograr mis metas. Es difícil, porque cuando pasó lo de mi papá, yo tenía 8 años, aún me acuerdo un poco… En lo personal no me gusta el lugar donde vivo.

Vivimos con mi mamá y con Luna y Chiquis, nuestras mascotas.

Heber: Lo de mi papá… Mi papá fue a Coahuila, se fue con Adrián Rodríguez Moreno, que era como nuestro hermano, y con José María Plancarte, que era amigo de la familia.

Kimberly: Se fueron por cuestiones de trabajo. Nosotros esperamos que ellos regresaran, pero pasaba el tiempo y no regresaban. Nosotros estábamos en Rosarito, él había ido a Coahuila, faltaba poco para el aniversario de bodas de mis papás y él quería llegar a tiempo, hicieron un viaje de 3 días en carretera, pero nunca llegó, no supimos nada de él.

Heber: Como niño te das cuenta de algunas cosas.

…nos dábamos cuenta que mi papá no regresaba…

Kimberly: Cuando desapareció nuestro padre estábamos muy chicos. Desde el primer momento sabíamos qué estaba pasando, por qué mi papá no estaba. Yo tenía ocho años, Heber estaba por cumplir siete.

Heber: Yo recuerdo a mi papá como un superhéroe. Era como un James Bond, tenía muchas habilidades, era muy inteligente, muy bueno en hacer negocios, cuando desapareció él se dedicaba a la importación de autos. Él trabajó desde muy chico, también fue maestro comunitario en la sierra, les enseñaba a los niños que no tenían acceso a la educación. Me acuerdo mucho de que nos contaba del estrés que sentía cuando iba en una avioneta junto con otros maestros comunitarios. Y aunque era de un pueblo pequeño de Durango, era sofisticado, le gustaba vestir bien, tenía muchos perfumes. Hoy, justo que vine aquí, me quise vestir como él se vestía.

Kimberly: Saliendo del pueblo pararon en una gasolinera, una patrulla los detuvo, nunca supimos por qué. Los detienen, los privan de su libertad y le llaman a una persona de los Zetas, un halcón, él estaba avisando por radio qué carros pasaban, las placas…

Uno nunca piensa que estas cosas te puedan pasar y menos siendo un pequeño. Es en lo último que piensas. Uno piensa, nosotros pensamos que a lo mejor nuestro papá iba a regresar.

Heber: Así fue como pasó y de ahí ya nadie sabe de ellos, ni de mi papá, ni de Adrián, ni Plancarte. Los tres quedaron desaparecidos. Fue en el año 2009, estaba la guerra contra el narco del presidente Calderón, una guerra sanguinaria en el norte del país, las carreteras estaban muy vigiladas por los grupos delictivos, que a su vez empleaban fuerzas federales, municipales y estatales como sicarios o mandaderos.

Kimberly: Me acuerdo que mi mamá nos sentó en la sala y nos dijo:"No sé dónde está su papá, no sé qué pasa, no sé dónde están, no sé nada, no entiendo, no entiendo nada, estoy haciendo todo lo posible por encontrarlo, tal vez esté accidentado, tal vez lo mandaron a la cárcel, tal vez está muerto, pero voy a hacer todo lo posible por encontrarlo".

En ese momento fue cuando nos dimos cuenta de lo que estaba pasando en realidad, era algo que no nos esperábamos.

Kimberly: La investigación la empezaron las familias, la nuestra, la mamá de Adrián, después ya nos unimos con otras personas en el colectivo.

Heber: En ese momento no sabíamos tanto los detalles, pero ya después nos fuimos enterando cómo había sido su desaparición. Por estar tan pequeños no podíamos estar del todo involucrados, ni ir a la fiscalía, ni al MP, no podíamos ver muchas cosas… siempre nos quedábamos en la sala de espera (y ahí hice muchos amigos), sólo sabíamos lo que nos decía mi mamá y ella no nos decía todo.

A veces, la gente que nos cuidaba se distraía y nos escapábamos y entrábamos de contrabando a mirar, a escuchar lo que pasaba ahí…

Kim, Heber y su mamá Estela, sostienen
a sus perritas Chiquis y Luna.

Nosotros queríamos saber qué estaba pasando.

Heber: Aprendimos los términos legales, desde muy pequeños aprendimos. Recuerdo que en las juntas con el colectivo Fuerzas Unidas por Nuestros Desaparecidos en Coahuila y en México, escuchábamos de leyes, de cómo teníamos que dirigirnos a las autoridades. Desde muy pequeñitos tuvimos que estar muy cerca de las autoridades, de los gobernadores. Yo leía el discurso del colectivo, hablaba frente al micrófono, frente al gobernador y todo mundo se maravillaba, ¡cómo un niño tan chiquito! Me acuerdo cuando hablaba de mi sentir con el gobernador, lo hacía sin tapujos y él me daba un abrazo… Ahí aprendimos cómo se comportan los políticos, me daba un abrazo que era el abrazo de Judas. Él tenía que quedar bien porque estaban las cámaras. Un día hasta nos dijo que hiciéramos una lista de las cosas que necesitábamos.

…y ahí vamos los dos a hacer una lista de lo que necesitábamos, de útiles, de ropa, de zapatos, un montón de cosas le pusimos pensando que nos lo iba a dar, le dimos la lista y se la guardó en el saco…

Kimberly: Nos pusieron un psicólogo pero no tenía sensibilidad con nosotros. En esos momentos no entiendes qué estás sintiendo, además las autoridades nos tratan como si fuéramos animales de circo. Usan a las familias para sus campañas políticas.

Nos han usado.

Heber: Recuerdo que en una reunión más privada el gobernador se volteó y me dijo que él me prometía que para mi graduación de secundaria mi papá iba a estar ahí. Yo ya me voy a graduar de la universidad y no lo he visto.

Kimberly: En nuestra desesperación no sabíamos cómo manejar los sentimientos, cómo reaccionar, a veces quería gritarles ¡hagan algo! Una vez mi hermano, siendo muy chiquillo, le preguntó a un MP si tenía hijos, el MP se quedó muy serio, después de un momento Heber le preguntó: "¿Qué sentiría que su hijo crezca sin su papá? Yo quiero a mi papá". Hasta ese momento fui consciente de lo que sentía

mi hermano, porque cuando a mi papá lo desaparecen nuestras formas de lidiar con las emociones fueron muy diferentes. Nos fuimos apartando como familia, nos fuimos apartando como hijos, como hermanos.

A veces los tres coincidíamos en que estábamos desesperados y no nos podíamos ni ver.

Heber: Nos sentíamos confundidos, no sabíamos qué pasaba. Tengo la imagen de un animal recién nacido, desorientado, que no sabe a dónde voltear. Así nos sentíamos: insignificantes.

Uno siendo pequeño se siente vulnerable y chiquito. Con la desaparición de nuestro padre nos sentimos más pequeños. Como hormigas entre gigantes.

Heber: Yo quisiera dar un mensaje a los padres: cuando busquen a sus desaparecidos, intenten, dentro de lo que cabe, intenten darles una infancia a esos niños.

No los dejen tan solos, no los desplacen.

Kimberly: En la parte familiar y del colectivo nos sentimos apoyados, en la parte legal nos sentimos desamparados. Sabemos que lograr algo es muy difícil.

Sin embargo, continuamos la lucha, tratamos de seguir buscando, a pesar de todo lo que implica.

Kimberly: Como colectivo tenemos esperanza de que se haga justicia gracias a la investigación de las familias. No nos vamos a quitar del proceso, de ponerles el dedo, de vigilar a la autoridad.

Tenemos sed y hambre de justicia.

Heber: Nos gustaría que capaciten a las autoridades, que haya personal calificado, que las sensibilicen, que no nos vean como números. Es increíble cómo las mamás, las esposas, dirigen las investigaciones con los recursos que tienen.

Kimberly: Es increíble que una persona con menos estudios, como un familiar de víctima de desaparición, les diga a las autoridades qué hacer, cómo tratar a un resto humano que ellas mismas han encontrado.

No somos números.

Para hacer la investigación tuvimos que pagar abogados, investigadores privados, eso costaba mucho dinero, además de la escuela, la comida, todo. Mi mamá vendió todo lo que teníamos, autos, cosas. Pero no fue suficiente y comenzó a trabajar, pusimos una tiendita en una plaza y trabajaba ahí todo el día y también nosotros después de la escuela íbamos a ayudarle. No teníamos tiempo ni para jugar, ni para la tarea, salíamos de ahí a media noche. Me acuerdo que había clientes americanos, conmovidos por ver a dos niñitos trabajando y compraban.

Para mi mamá fue muy difícil estar sola, aprender a criarnos ella sola, a reclamar las propiedades de mi papá sola. Enfrentarse a supuestos amigos de mi papá que no le querían pagar los negocios. Se aprovecharon de que mi papá no estaba. Por eso mi mamá decidió mudarse a un lugar más tranquilo y con un nivel más barato de vida. A mi mamá ya no le alcanzaba en ese momento.

Heber: Cuando mi papá desapareció llevaba en la camioneta una cámara con fotos nuestras, documentos nuestros, actas de nacimiento, recibos de teléfono. La información que estaba en la camioneta era de nosotros y quedó en manos de los Zetas. Hubo momentos en que nos sentimos acorralados e inseguros, no sabemos si era realidad o paranoia.

Nos daba mucho miedo. Por eso tuvimos que desplazarnos forzadamente para acá.

Kimberly: Fue ahí que mi mamá tomó la decisión de movernos. Eligió Texcoco porque ahí vivían unas tías. Fue una decisión muy radical, perdimos todo. Llega-

mos con dos maletas. Era el 2010, un año después de la desaparición de nuestro padre.

En un año se nos acabó nuestra vida como la conocíamos.

Heber: Mi mamá siempre fue un roble, fuerte, grande, vigoroso. Pero una noche, una madrugada, no recuerdo qué hizo despertarme, había una ventana por donde entraba la luz de la luna, una ventana grande, me paré a contraluz de esa ventana y la vi, vi a mi mamá, vi su sombra. Fue la primera y última vez que la vi llorar de esa manera, descontrolada, como una niña pequeña. Ella, mi roble, se convirtió y lloraba como una niña pequeña. Y justo una semana después de ese evento, decidimos mudarnos a Texcoco.

Heber: Recuerdo la primera vez que leí en un documento sobre lo que le pasó a mi papá, yo tenía nueve años, nunca se me van a olvidar esas palabras. Le habían tomado la declaración a esta persona, al halcón. Él decía que a mi papá y a los demás los habían cocinado. En ese momento algo se rompió dentro de mí.

No volvió a ser igual.

Cuando pasó la desaparición reportamos la camioneta como robada, la encontraron. Y detuvieron a la persona que la traía, es halcón, y él declaró que se la dieron para trabajar, para hacer sus vigilancias.

Lo dejaron ir.

Kimberly: No sabes qué sentir. En un momento sientes enojo, en otro frustración, tristeza. Por un lado aceptas y dices "ya está muerto". Por otro lado piensas "lo vamos a encontrar", pero te cuestionas que haya pasado tanto tiempo.

Heber: Incluso la palabra "papá" es extraña. Me extraña que salga de mi boca. Porque tiene añísimos que no la pronuncio. Una oración que implique "papá" no está en mi vocabulario actual.

La vida con un padre desaparecido es difícil y los niños aprendemos que solitos debemos salir del lodo. Es crudo, es fuerte, pero es lo que es. Sería una utopía decirnos que todo va a estar bien porque no es así, va a ser complicado, van a llorar, van a sangrar, pero estar cerca de la familia, mantener viva la memoria de nuestro desaparecido, eso ayuda bastante a sobrellevar el proceso.

La ausencia de nuestro padre nos hizo crecer muy rápido.

Kimberly: Recordamos a mi papá como una buena persona, amable, divertido, amoroso, lo máximo. No había algo que él nos negara. Íbamos juntos a las ferias, a los parques, nos daba muchos regalos…

Heber: Una vez llegó muy apurado a la casa y comenzó a poner comida en topers y sacó ropa de su clóset, pantalones, camisas. Mi mamá se asustó y él le explicó que había visto a un señor debajo de un puente, que todo eso era para él. También recuerdo que una vez en Tijuana fue al penal a sacar a un señor que fue detenido intentando cruzar a Estados Unidos, era indígena y no hablaba español y aunque no podía comunicarse mi papá entendió que necesitaba ayuda y pagó su fianza y lo sacó y le compró comida y lo llevó a que agarrara camión a su casa. A veces cuando encontraba gente en la calle les daba comida, les daba ropa, a veces los recogía y los llevaba a la casa para que se bañaran y ya ellos tomaban su camino.

Kimberly: Me gustaba cuando él llegaba, porque en general mi mamá era un poco más estricta y cuando llegaba mi papá de trabajar era un alivio. Ahora que recuerdo llegaba muy cansado, pero lo esperábamos para jugar a las escondidas y él lo hacía contento.

Heber: A él le encantaba ver documentales de biología, de peces, del mar. Así desarrollé el gusto por los animales, sentado en la sala con él, estimulado por él.

Es un vacío muy grande. Se siente como un boquete en el pecho. No lo llena nada.

Kimberly: Antes de la desaparición de mi papá teníamos un nivel de vida más acomodado. Una casa muy grande, con muchas mascotas y bicicletas.

Heber: A mi papá le gustaba tener gente en nuestra casa. Los fines de semana hacía carne asada, invitaba a familia y amigos, teníamos las condiciones.

También le gustaba llevarnos a la playa. Mi mamá, en ese momento fue diagnosticada con lupus, así que siempre estaba cubierta del sol, pero no nos prohibía que fuéramos al mar.

Vivíamos cerca del mar.

Heber: Antes de la desaparición todo era distinto. Recuerdo que cuando tenía como 6 años me regaló una moto, era una moto pequeña, un día él se subió a la moto y aceleraba y se le volaba la chaqueta de cuero, se veía muy rudo.

Antes de la desaparición íbamos al súper en su auto amarillo. Yo me sentaba al frente con él y comprábamos muchas botanas, le gustaban las semillas de sésamo y los pistachos. Me acuerdo de la carretera, cuando íbamos a recoger autos, pues siempre íbamos comiendo eso.

A mi papá le gustaba pasar momentos con nosotros.

Kimberly: Ahora somos unidos, pero no tanto, cada quien está en sus cosas. Sin embargo tratamos de tener un tiempo juntos como familia, por ejemplo comer o cenar, cuando se puede.

No fue algo elegido.

Heber: Yo siento un tipo de estratificación dentro de nuestra familia porque siento que se formaron dos equipos distintos: el equipo de mi mamá y mi hermana; el equipo de mi papá y yo. Y ya me quedé solo y pues yo sigo en mi equipo.

Si mi papá estuviera seríamos felices, a lo mejor
nos podríamos pelear con él, reírnos, llorar,
que eso es lo que queremos. Creo que hubiéramos
estado más unidos y más felices.

Kimberly: Nos ha costado sudor cada cosa que tenemos, derechos básicos.

Lo poco que tenemos, lo poco que estamos construyendo.

Kim y Heber construyen a través de fotos y diarios la memoria de sus vidas.

Heber: He notado que sigo muchos patrones relacionados a la ausencia de mi papá, por ejemplo la búsqueda de una figura sabia y de autoridad. Me refugio mucho en mis profesores, mi profesora Carmen, su esposo el doctor Sandoval, han sido un apoyo inmenso para mí.

Kimberly: ¿A quién le voy a decir que logré entrar en la universidad? ¿o que tengo un trabajo o que necesito un consejo? ¿cómo le hago? No se puede. No tengo a quién decirle eso. Ha sido difícil crecer así.

Heber: Coincido con Kim, es frustrante no poderle mostrar nuestros logros. Tenemos a nuestra mamá y su vida es nuestra y nosotros somos de ella, ella ha sido un ejemplo. Ella nunca se rindió, siempre nos incluyó en el proceso, nos dijo qué pasaba con mi papá y eso nos permitió procesarlo, tener una base más firme para construirnos.

Ella se merece el cielo y las estrellas, y estamos en camino de poder dárselas.

Kimberly: Yo siento que estábamos muy chiquitos para saber... creo que hubiera sido mejor esperar a crecer, pero fue importante que nos incluyera como hijos.

Heber: Me gustaría que mi papá viera la persona que soy hoy en día. Pienso que él se sentiría a gusto de ver a sus hijos bien, haciendo cosas buenas, rodeados de gente buena. Me gustaría que conociera a mi novia. Creo que le caería muy bien. He pensado mucho en el futuro, me gustaría terminar mi carrera, trabajar, estudiar un doctorado, ser docente. Pero también tengo incertidumbre del futuro y es muy abrumador. Creo que tengo en mis hombros una carga, el arquetipo del "hombre proveedor", es una de mis preocupaciones no poder llenar ese lugar que dejó mi papá.

Kimberly: Me he imaginado, a lo mejor en tres años estaré trabajando en un kínder. Me gusta la idea de enseñar idiomas, me gusta la idea de que él pudiera saberlo.

Heber: Me gustaría darle un cierre a esta odisea que hemos vivido. Es necesario

tener algo, algún un indicio, algo físico, algo tangible de mi padre. Ha sido un proceso muy complicado, pero hemos sabido, dentro de lo que cabe, sobrellevarlo.

Quizá en algún otro universo seguimos con mi papá
y somos felices.

Heber y Kimberly Reveles Castañeda

Son hijo e hija de Heber Eusebio Reveles Ramos, quien fue desaparecido el 11 de mayo de 2009, junto con Víctor Adrián Rodríguez Moreno y José María Plancarte, en Francisco I. Madero, Coahuila. Heber Eusebio nació en Rodeo, Durango. Se casó con Estela Castañeda. A ella la conoció cuando trabajaba repartiendo fruta en uno de los pueblos de la Comarca Lagunera entre Durango y Coahuila. Heber Eusebio desde joven ha sido una persona muy generosa, trabajó como maestro rural y ayudó a otros niños a estudiar; también es hábil para sobreponerse a la vida, para relacionarse con personas y para hacer negocios, cuando fue desaparecido se dedicaba a la compra y venta de autos. Le gusta vestir bien y llevar su cabello y bigote bien recortados. En la fecha en que desaparecieron a Heber Eusebio, Estela, Kim y Heber lo esperaban para celebrar, en familia, su aniversario de bodas. Aunque en la foto de su ficha de búsqueda sale con cara seria, en realidad siempre está de buen humor y compartiendo su casa y comida a la gente.

Ricardo posa con el único retrato
que tiene de su madre, Marina
Herrera, y su padre, Carlos Dorado.

Ricardo

"Una vecina contó una vez que, tras matar a mis papás, un militar salió sujetando a un bebé del piecito y gritó a los mirones: '¿Alguien quiere a este bebé? Porque si no lo vamos a echar a la fosa común'. Una mujer dijo: 'Dénmelo a mí, yo me lo quedo'. Así logré sobrevivir".

– Ricardo Rodrigo Dorado Herrera

Mi nombre es Ricardo Rodrigo Dorado Herrera, tengo cuarenta y seis años y soy originario de Ciudad Juárez. Mi madre Marina me parió el 14 de febrero de 1976, en una pequeña clínica de la ciudad.

Crecí con Brígido Dorado y María de la Luz López, mis abuelos paternos, a quienes siempre reconocí como mis padres. Él era carpintero y ella ama de casa. Tengo muchos recuerdos de cuando era chiquito e intentaba hacer juguetes con retazos de madera y mi abuelo me jalaba para enseñarme a clavar correctamente. O de mi abuela enseñándome a cocinar "por si algún día se casa con una mujer que no sabe". Era una crianza típica de la época.

Mis abuelos paternos no hablaban de mis padres. Sólo me decían que Carlos era el tercero de sus siete hijos y cuando murió quedaron seis, pero cuando llegué fuimos siete otra vez. Mi abuela nunca me dijo: "Él es tu padre o ella es tu madre". Me decía: "Él es mi hijo y ella (Marina) era su esposa".

A los cinco años la hermana de mi mamá llegó por mí y me llevó de visita a casa de mis abuelos maternos Adolfo y Fortunata. Luego las visitas se hicieron constantes, ahí dormía algunos fines de semana. Como en la escuela aprendí so-

bre los parentescos familiares, no entendía por qué unos eran mis abuelos y otros mis papás si eran de la misma edad, sin una relación consanguínea entre sí. A diferencia de mis abuelos paternos que me llamaban Ricardo, mi primer nombre, los maternos me llamaban Rodrigo.

Ser *yo* era una confusión horrible y no tenía un lugar seguro en dónde preguntar.

Crecí en la calle Coral, en la colonia La Libertad. Esa calle era la línea de división entre tres barrios: Molino 13, El Perdido y Los Vagos. Era una comunidad pequeña cuidada por cholos muy territoriales, recelosos de su barrio. Aunque se les relacionaba siempre con alcohol y drogas eran quienes ayudaban a las viejitas a bajar del camión y cargaban sus bolsas de mandado. Mi calle era el escenario de los pleitos a pedradas, los bandos se colocaban frente a frente y las piedras volaban. La tienda estaba frente a mi casa, cruzando la calle. Un día me mandaron por leche y al salir de la tienda inició la batalla. Como en la escuela había leído sobre el Pípila, ese personaje de la Independencia que cubrió su espalda con una gran piedra para sobrevivir al ataque, agarré los galones de leche, me agaché y salí corriendo. Crucé la calle oyendo las piedras sobre mi cabeza y llegué asustadísimo, pero era la hora de la cena y se necesitaba la leche ¿verdad? Yo crecí en un ambiente humilde, con decir que la señora de la tiendita era la que tenía más dinero del barrio, era la rica del barrio, era la única que tenía teléfono. ¡Era un barrio, barrio!

En esa misma calle hubo un momento que marcó mi vida, tenía seis años y jugaba con un grupo de niños a "los quemados", aventábamos la pelota, uno de nosotros la agarraba y el resto salía corriendo. De repente, el juego paró y, no recuerdo cómo ni por qué razón, empezó una plática sobre el día que mataron a mis padres. Los narradores tendrían como once años y recordaban que ese día por la mañana llegaron camiones con soldados y un cerco militar se posicionó frente y a los lados de mi casa. Los padres metieron a los niños y empezó una balacera. Uno de los compitas decía que varios años después una de las ventanas de su casa todavía tenía un cristal quebrado por una bala. Los niños hablaban de la balacera, de las personas que mataron y del niño que sobrevivió. En ese momento, entendí que ese niño era yo.

No me acuerdo de lo que se dijo con exactitud pero recuerdo el impacto del momento, me quedé en shock, sin nada que decir, porque ¿qué dices? Tampoco

hice nada, ¿qué podía hacer? ¿a quién le preguntaba? ¿a esos viejitos que me querían mucho y que me cuidaban? Si los vecinos decían que los militares mataron al hijo de esos viejitos, ellos no deseaban que un niño preguntón les recordara ese pasado del que no hablaban.

A los seis años supe que era un tema que no debía tocarse en casa porque me iba a meter en problemas o les iba a generar broncas a los chavos del barrio. Lo que menos quería era ocasionarle un problema a nadie. Ese día que escuché el relato de los niños vecinos, recuerdo permanecer serio, mirándolos a todos.

Cuando iba a entrar a la secundaria y tramitaba mi admisión, advertí que en el acta de nacimiento, en el apartado de "padres", estaban los nombres de Carlos y Marina y enseguida se leía "finados". No conocía el significado de esa palabra por lo que pregunté al maestro. Él me explicó que finado es una persona que ya falleció, luego me preguntó quién está finado y yo le señalé los nombres de mis papás sobre el documento. Mi profe se desconcertó y me preguntó con quién vivía. Le respondí: "con mis padres", que en realidad eran mis abuelos paternos. Ese fue otro shock que al decirlo, lo relacioné de inmediato con la historia narrada por mis amigos del barrio años atrás.

En la secundaria les platiqué a unos amigos sobre el ataque militar en el barrio y ellos me dijeron que su profe les había hablado de ese evento, "¡tú eres ese niño, el de esa casa!", me dijeron y yo me entusiasmé pensando que él sabía algo y fuimos a preguntarle. "¿Qué onda profe? cuénteme, yo soy el niño", lo abordé con mucha confianza pero él parecía nervioso y no me dijo nada. La historia lo confrontó y no atinó a responderme.

En preparatoria, cuando yo tenía unos 18 años, le platiqué a un par de amigos. Una de ellas, que poseía una intuición de reportera, me dijo: "Vente, vamos a investigar". Pero, ¿por dónde empezar si era un tema ausente en los libros de historia? Ella me llevó a la hemeroteca del "Diario de Juárez" donde agarramos valor y fingimos investigar una tarea. Mientras hojeamos los periódicos nos dimos cuenta que faltaban dos meses de información. Le preguntamos los posibles motivos al encargado, le platiqué qué buscaba y le dejé mi teléfono por cualquier novedad.

Pasó el tiempo, olvidé la búsqueda emprendida hasta que el archivista me llamó meses después. Nos encontramos y me platicó la historia que difundieron los periódicos de la época: que a una casa de la colonia La Libertad arribaron los militares, que mis padres abrieron fuego y los militares respondieron. Que mamá me cargaba y herida de muerte, me tiró de cabeza. Que me recogieron y entregaron a la familia de mi padre. Oírlo me provocó un nudo en el estómago y se quedó

Ricardo con sus hijas, Alejandra Quetzaly y Michá Dalí y su esposa Nadia Villaseñor, con el retrato de sus padres Carlos Dorado y Marina Herrera y un ejemplar del periódico Madera.

resonando dentro de mi cerebro. No tenía evidencia ni forma de comprobar la versión narrada, me faltaba la astucia o sagacidad para enfrentarme a mis abuelos o formular siquiera una pregunta, ¿qué les iba a preguntar? En ambas casas siempre me dijeron que mis padres habían muerto en un accidente.

Intenté comprender qué hicieron unos jovencitos para que el Ejército fuera por ellos y los asesinara, porque para entonces conocía a muchos cholos que se paraban frente al policía y le gritaban y lo insultaban y lo retaban a darse un tiro, obviamente los policías se negaban porque los cholos eran buenísimos para pelear, pero ni por eso les disparaban o los buscaban a media noche para desaparecerlos. Sí los llevaban a la comisaría pero al día siguiente andaban otra vez en el barrio. Pensaba todo eso y me preguntaba qué hicieron Carlos, de 22 años, y Marina, de 23, para que enviaran al Ejército a matarlos.

Para contestar mis preguntas debí descubrir quiénes eran mis padres. Carlos Javier Dorado López era un estudiante del Tecnológico de Juárez que pertenecía al equipo de box. Cuando estudiaba se fue a trabajar por una temporada con un tío en Ciudad Jiménez y desde entonces se interesó por la situación de los campesinos y jornaleros. Así decidió ingresar a la Liga Comunista 23 de Septiembre. Marina Alejandra Herrera Flores trabajó desde muy pequeña para auxiliar a sus padres con la crianza de los hijos más pequeños, pues era la mayor. Fue obrera en la empresa "Nielsen", por lo que defendía los derechos de las obreras de las maquiladoras en Juárez. También ingresó a la organización insurgente, junto con sus compañeras y amigas obreras.

Por razones de seguridad se organizaron en brigadas desconocidas unas de otras. Creo que por eso existen muy pocas fotos de ellos, porque no podían retratarse en la clandestinidad. No sé cuándo coincidieron mis papás y desconozco cuándo se enamoraron como para decidir formar una familia y procrear un hijo. La suya la pienso como la historia de amor más bonita de todos los tiempos, su cotidianeidad, las promesas de amor hechas en la soledad. No se casaron pero vivieron juntos en su casa, que fue casa de seguridad de la Liga, y cuando nací yo también viví con ellos, hasta que cumplí dos años y ellos fueron asesinados. Carlos y Marina eran los responsables de la imprenta del periódico clandestino Madera en Ciudad Juárez.

El 8 de noviembre de 1977 la Brigada Blanca inició una serie de aprehensiones en esta ciudad. Mi papá acudió a una cita que tenía programada con una pareja de militantes, sin enterarse que ella había sido ejecutada y él ya estaba detenido. La versión oficial dice que mi padre fue detenido al llegar al lugar de reunión y

que él condujo a los agentes de la Brigada hasta nuestra casa. Sé que eso no sucedería, como papá sé que la primera opción es decir "mátenme" antes de poner en riesgo a la familia. Mi conclusión es que, al no llegar sus compañeros mi padre se retiró y los agentes lo siguieron hasta la casa de la calle Coral. Por eso los vecinos vieron arribar a militares.

No sé en qué lugar me escondieron para protegerme de las balas. Una vecina contó alguna vez que tras matar a mis papás, un militar salió sujetando a un bebé del piecito y gritó a los mirones: "¿Alguien quiere a este bebé? Porque si no lo vamos a echar a la fosa común". Una mujer, la dueña de la tiendita, dijo: "dénmelo a mí, yo me lo quedo". Así logré sobrevivir. Luego contactó a mis abuelos y acordaron que la señora me dejaría en una guardería ubicada muy lejos de la casa, a donde fueron por mí. Los cuatro abuelos hablaron para acordar qué familia me criaría, si los Dorado o los Herrera. Decidieron que viviría con los abuelos paternos y me registraron como Ricardo Rodrigo Dorado Herrera, hijo de Carlos y Marina.

Mi abuelo Brígido demandó a quien resultara responsable por la muerte de su hijo, pero nunca hicieron nada, pasaron los años y prescribió el delito. También reclamó el derecho de propiedad sobre la casa de seguridad de la Liga, que mi padre adquirió años antes, en una compraventa legal.

Después del ataque a mis padres la casa estaba muy destruida por dentro y fuera, las paredes llenas de agujeros de balas y sangre por todos lados. Mis abuelos Brígido y María de la Luz debieron reconstruir y enjarrar paredes, pintar y limpiar. En ese entonces ellos vivían en un barrio bien lejos y en una casa bien fregada y pequeña, por donde pasaba un arroyo. Cambiarse a la que fue la casa de su hijo, que fue la casa de seguridad, que tenía un terreno grande, les permitió establecer su taller de carpintería. Ahí, entre la herramienta, todavía vi algunas partes de la imprenta de la Liga Comunista, la organización de mis padres.

Tardé muchos años en unir cabos sueltos y entender experiencias de pequeño, como cuando jugaba con mis carritos y encontraba casquillos de bala en el jardín del frente, en donde mi abuela sembraba sus plantas. En una cajita de metal rectangular, ella y yo guardamos la evidencia de muerte que nadie limpió y que se quedó por años. Recuerdo que jugando en el mismo lugar, pasó un señor muy enojado gritándole a la casa. Me levanté y vi al señor desconocido que en ese momento aventó con mucho odio una piedra que rebotó y me golpeó un ojo. Debido

Diversos ejemplares del Periódico Madera, impresos en Ciudad Juárez por la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S).

Ricardo con el archivo de sus padres, asesinados por el Estado mexicano en la década de los setenta.

a mi grito, mi abuelo y mis tíos salieron del taller y en medio del llanto les conté lo sucedido. Corrieron a buscar al señor pero no lo encontraron. Me percaté de que esa casa podía generar odio. Viví ahí hasta que cumplí veintidós años. Ahora, cada vez que regreso, volteo a ver las paredes y me parece ver incrustaciones de bala y me pregunto en qué cuarto estaría yo al momento del ataque. Es una carga bien pesada, por eso voy muy poco.

Cuando tenía diecisiete años tenía mucha curiosidad por ir a Estados Unidos, país vecino que veía desde aquí pero no podía cruzar por carecer de visa. Empecé el trámite para la visa americana. Como era menor de edad necesitaba la firma de uno de mis padres o tutores, por lo que pedí a mi abuela que me acompañara. En la oficina le dijeron: "Usted no es la madre, aparece como abuela y para ser tutora debió promover un juicio de adopción". Ella se entristeció y por primera vez me confesó que no era mi verdadera madre. Le pedí que no se preocupara, que ya lo sabía y que estaba bien. Nunca lo habíamos platicado, nuestra relación cambió, nos hicimos más cercanos y no volvimos a tocar el tema. Murió de cáncer dos años después, en 1996.

A los dieciocho años viajé con unos vecinos a Bahía de Kino y conocí el mar. Imaginé que si mis padres vivieran habríamos viajado por todos lados. Su ausencia provocó una falta de identidad porque desconocía quién era, mi origen y el parentesco en las familias con las que crecí, aspectos que construyen a los individuos.

De manera involuntaria generé la sensación de no pertenencia. Era un sentimiento muy personal, íntimo, que no compartía con nadie porque siempre fui muy tímido. No preguntaba y me quedaba con muchas dudas guardadas.

Hoy sé que se vulneró el derecho a mi propia historia, a mi identidad y a la tutela legal. Me continúo preguntando, ¿Qué tan grave fue para toda una Nación la militancia de estos jovencitos? ¿Realmente estaban amenazando a la patria entera para que todo un Ejército fuera a masacrarlos? ¿Qué justificaba herir a mi mamá con veintitrés balazos? ¿Por qué sus cuerpos sin vida fueron objeto de golpizas? Si es que existe un proceso de verdad y de justicia, las autoridades deberán de revelar las responsabilidades de todas las personas involucradas, participantes y cómplices. La verdad generará un conflicto porque no estamos listos para conocer las violaciones perpetradas y confrontarlas.

Sé que mi caso se diferencía de quienes buscan a sus padres desaparecidos, tengo la certeza de sus sepulcros en el panteón del Tepeyac gracias a que mi tía recuperó sus cadáveres, que ya estaban en la fosa común. Visité sus tumbas como

a los ocho o nueve años de edad. Me da mucha tristeza ir porque ahora sé por qué lo hicieron, por qué se fueron y por qué el resto no hizo nada. No los valoraron en ningún lugar, ni sus padres tuvieron el orgullo de reivindicar los ideales de sus hijos, los sueños del bien común por su patria y de una vida común sin opresión.

La relación con mis papás ha sido un viaje. Ahora yo tengo más edad que la que ellos tenían al ser asesinados. Para mí ahorita ellos son unos chavitos. Alejandra, mi hija mayor, ya superó la edad en la que murió su abuela.

Mi esposa me hizo entender la importancia de contar mi historia a tantas personas fuera posible, para que no desaparezca. Es muy complicado contar esas historias frente a un espectador que se niega a conocerlas. Pero narrar es develar la paciencia de la memoria: contar una y otra vez en un lugar y un tiempo en el que el desinterés es muy grande. Narrar para evitar que las memorias se diluyan.

Debemos construir una identidad fuerte y común, para que otras personas las sigan transmitiendo, aunque tú ya no estés. Esta historia la compartí con mis hijas Alejandra y Micha desde que eran muy pequeñas. Saben que no sólo es mi historia sino la suya, la de sus abuelos, la única herencia con valor que les voy a dejar.

Ricardo Rodrigo Dorado Herrera

Es hijo de Carlos Javier Dorado López y Marina Alejandra Herrera Flores. Ambos fueron integrantes de la Liga Comunista 23 de Septiembre y fueron asesinados por el gobierno mexicano el 8 de noviembre de 1977. Carlos Javier era estudiante del Tecnológico de Juárez y le gustaba practicar box. Durante su época de estudiante trabajó con un tío y ahí comenzó a interesarse por la situación de los campesinos y jornaleros. Su madre era la mayor de once hermanos, seis hombres y cinco mujeres, y desde niña ayudó en casa a la crianza de los más pequeños. Como obrera en la empresa Nielsen se interesó por los derechos laborales en las maquilas. Fueron asesinados en una casa ubicada en la colonia Libertad, en Ciudad Juárez, casa que servía como imprenta del periódico Madera. Esa misma casa fue su hogar en su infancia y adolescencia.

León sosteniendo con una fotografía
de cuando era un bebé.

León

"Quisiera verlo, aunque sea una vez quisiera que me hablara, quisiera decirle hola, soy tu hijo, aunque fuera una vez".
– León Gutiérrez Martínez

Soy León Gutiérrez Martínez, tengo 11 años y voy a pasar a secundaria. Voy a la escuela, aunque a veces me aburre la escuela. Hago máscaras y manualidades que me gustan mucho, pero a veces también me aburre hacerlo; salgo con mis perros o con mis amigos, pero a veces se pelean y me desesperan. Y otras veces no sé qué hacer con mi vida. Y mejor me duermo.

En la escuela me gusta echar relajo y a veces me distraigo, pero si algo conozco bien en mí, es que si me intereso por algún tema o actividad, la hago, la hago bien y le echo ganas porque me interesa. El problema es que casi todo me aburre y como casi todo me aburre, pues no hay nada que me anime a decir ¡wow! voy a hacer esto porque me interesa. Hay veces en que me interesa la historia, otras que me interesan las matemáticas, otras en las que me interesa mucho el arte y me prendo y digo ¡wow! sí, lo voy a hacer. Pero hay veces que me pregunto: ¿qué es esto? ¿qué estoy haciendo con mi vida?

También, a veces me preocupa sentirme atrasado en la escuela, siento muy feo. Hay veces en las que también me preocupa que no me preocupo de muchas cosas porque a veces las dejo pasar tranquilamente y por eso a veces me va mal, por dejarlo pasar.

Me gustan los cómics, me gusta crear personajes. Me gusta coleccionar superhéroes, me gusta la idea de tener cosas, ahí, acumuladas y me gusta cómo se ven

en grupo. Estoy empezando a formar dos colecciones, una más grande, como de 70, 80 cómics y otra más pequeña, de figuras y muñecos articulables. Me gusta el cine, mi mamá me enseña algunas películas de autores de culto, como Quentin Tarantino, o la de Joker. Las disfruto porque están muy bien, generalmente me gusta el cine de acción, pero no cuando sólo hay tipos disparándose. Me gusta cuando hay trama.

Me gustaría estudiar cine y aprender a hacer películas, también hay veces que me gustaría estudiar artes plásticas y aprender a pintar o hay veces en las que me gustaría estudiar música o hay veces en las que también me gustaría estudiar historia.

Vivo con mi mamá. Me gusta pasar tiempo con mi mamá, a veces no estamos de acuerdo y discutimos, pero me gusta estar con ella. Me gusta estar con ella porque me importa. Mi más grande preocupación es perder a los que quiero y por eso quiero estar con ella, disfrutar con ella.

No sé de dónde viene esta preocupación, siempre he tenido mucho miedo a perder a quienes quiero. Hay mucha gente que deja ir las cosas fácil, a mí me cuesta mucho más. Por ejemplo, dejan ir la muerte de sus mascotas y yo no, a mí me da mucho miedo. Cuando se murió mi gato Sargento Pimienta estuve triste y me costó mucho tiempo superarlo.

Soy Liliana Gutiérrez Martínez, tengo 41 años y soy mamá de León, junto con Arturo Román García.

A Arturo lo conocí por unos amigos en común, él tenía una tienda donde vendía cosas que traía de Estados Unidos, de patinetas y así, y yo comencé a distribuir en ella diseños que hacía. Un día, en una fiesta, nos encontramos y lo reconocí y él también me reconoció. En esa fiesta pude ver que lo quiere mucha gente y luego comenzamos a salir y nos enamoramos mucho, muy rápido y decidimos tener un bebé. Un día, cuando nos enteramos que estábamos embarazados, fuimos a una fiesta de cumpleaños donde vimos a todos nuestros amigos y les dimos la noticia y Arturo estaba muy feliz, muy feliz. Suele ser muy cotorro y hacer bromas y reír mucho, pero ese día estaba especialmente contento.

Arturo y yo nos embarazamos de León, pasamos los cinco primeros meses de embarazo muy felices, muy tranquilos, muy emocionados de este deseo. Él estaba

ilusionado, quería estar presente cada instante del embarazo, quería percibir cómo iba cambiando, cómo me iba creciendo la panza.

Cuando yo tenía cinco meses de embarazo Arturo viajó a Estados Unidos, como lo hacía desde hacía 13, 14 años atrás, para traer la mercancía a su tienda en México. Era agosto del 2010 y su hermano Axel lo acompañó al viaje. Además de su mercancía, Arturo había comprado una cuna para nuestro bebé y otras cosas como ropita, juguetitos. Cuando acabaron el trabajo cruzaron la frontera de vuelta a México y pararon a cenar en San Fernando, Tamaulipas. Desde ahí me marcó por teléfono para contarme que ya venían de camino. Pero nunca llegó.

Yo tenía muchísimo miedo de imaginar qué le habría pasado y aunque mi familia me cuidaba mucho, no podía cuidar lo que estaba pasando dentro de mí. Por un lado la angustia, el miedo, el dolor por su desaparición, por otro lado, el deber y el compromiso por intentar controlar esos sentimientos para cuidarlo a él. A mi bebé. A nuestro bebé.

León nació el 31 de diciembre del 2010, a las 41 semanas de gestación, una semana después de lo programado. Fue como si él se hubiera querido quedar ahí, dentro de mí. Seguro y a salvo.

Mi mamá es maestra desde hace un tiempo, es una persona que considero trabajadora y responsable. Mi papá, pues sé que era alguien tranquilo y amoroso, pero no sé mucho de él.

Sé que se dedicaba a la venta de patinetas y ese tipo de artículos. Sé que le gustaba patinar, le gustaba estar con sus amigos, le gustaba la fiesta, le gustaban los tacos, le gustaba disfrutar de la vida y le gustaba viajar, viajaba como cada fin de semana.

Esto lo sé gracias a mi mamá. Mi mamá siempre me ha hablado de mi papá, yo nunca he tenido que preguntar, ella siempre se hacía un tiempo para platicarme sobre él y a mí me gustaba, me gusta escuchar esas historias.

Aunque a veces me duele escucharlas, a veces me da mucho misterio ¿dónde estará? ¿qué le habrá pasado? Solamente sé que un día fue con su hermano a Estados Unidos y de regreso pararon en Tamaulipas por unos tacos y unos hombres se los llevaron porque, según que buscaban a alguien de bermudas o algo así. Mi papá ese día traía unas bermudas, porque hacía mucho calor.

Liliana con León posando con la fotografía de Arturo desaparecido el 25 de agosto de 2010.

Desde que tengo memoria mi mamá me ha hablado de mi papá, de lo que le pasó. Solo que siempre fue una idea muy vaga, "mi papá está desaparecido, unas personas malas se lo llevaron". Era una idea vaga, pero al menos yo tenía una explicación, aunque fuera incompleta, no iba a tener la duda de qué le pasó.

Pero un dia fue como darme cuenta que mi papá no estaba conmigo, fue durante una celebración del Día del Padre, yo tenía como 5 o 6 años y en la escuela hicieron un desayuno y yo no sabía a quién invitaría porque decía, pues no tengo papá, ¿qué hago? Entonces mi mamá me dijo: "Invita a tu abuelo porque es lo más parecido que tienes". Había otros compañeros que su papá no había podido ir, había otros que no tenían papá. Entonces no me sentía tan distinto.

Ahí me di cuenta de la ausencia de mi papá y también me di cuenta de que mi abuelo materno es prácticamente mi papá, lo único que tenía como un papá. Él ha sido mi figura paterna, me ha acompañado siempre.

Alguna vez, cuando estaba embarazada de León y yo no sabía qué hacer con todo el dolor que sentía, pero también con el deseo de proteger a mi bebé que estaba dentro de mí, alguien me dijo: "Habla con él, habla con tu hijo y dile cómo te sientes". Entonces eso hice, le dije bebé me sientes así porque esto es lo que está pasando, me sientes con miedo porque tengo mucho miedo. Y así empecé a establecer una comunicación con él que sigue hasta ahora.

Durante sus primeros meses de vida siempre pensé cómo sería decirle lo que había sucedido, se me hacía muy traumático que pasara el tiempo y él cumpliera seis, siete, diez años y yo le dijera ahora sí León, te voy a contar qué pasó con tu papá. Yo sentía que el impacto sería menor si crece sabiendo una realidad, si nace en una familia y crece con esa familia y con la historia de esa familia. También pensé que los niños antes de los 5 años sienten el amor, pero no lo racionalizan. Así reflexioné y me dije bueno, si desde el principio sabe que su papá no está y sabe por qué no está, pues entonces él va a crecer con esa realidad y no va a ser una realidad traumática. Sí será dolorosa y fuerte, pero no traumática. Por eso decidí hacerlo, hablarle de la desaparición de su papá desde que era pequeño.

Cuando tenía como dos años yo le dije León, tu papá no está con nosotros, ¿sabes por qué no está con nosotros? Porque un día se fue de viaje y unas personas se lo llevaron y no sabemos si va a volver.

Pero alguna vez él lo contó en la escuela y sus compañeros le dijeron: "No, a los papás no se los roban", y él decía: "Sí, al mío se lo robaron". Para los niños fue un shock y yo siento que para León ese fue el verdadero golpe de realidad, cuando sus amigos dimensionaron que eso les podía pasar a los papás.

Yo siento que a los niños hay que decirnos las cosas, no se me hace chido que pensemos que una cigüeña nos trajo al mundo; a los niños hay que decirles, y en este caso hay que visibilizar esto que sucede, las desapariciones, para que a la gente le caiga el veinte de que esto sucede. Este tipo de testimonios ayudan a que la gente diga, no pues sí, sí pasa.

Una vez lo hablé con un amigo a quien le desaparecieron a su tío, lo soltaron y volvió a las dos semanas porque lo confundieron con otro, pero lo golpearon bien feo. Por eso me puse a hablar con él. Él me platicó lo que le pasó a su tío y yo le platiqué lo que le pasó a mi papá. Pero no es un tema del que yo disfrute hablar. Si la gente me pregunta por mi papá yo digo que no está o que no tengo o que está muerto. Es la manera más sencilla de decirlo, sobre todo a personas a quienes no les tengo mucha confianza. Y si son personas a quienes les tengo confianza, les digo lo que sé.

Cuando León nació siempre durmió pegado a mi pecho, hasta que cumplió 5 o 6 años. Dormía en mi pecho, dormíamos juntos y siempre lo dormía con historias, con canciones. Recuerdo una noche, cuando estaba recién nacido, le costó mucho trabajo dormir y yo le canté todas las canciones que me sabía, todas las que me acordaba, todas las que imaginé hasta que le canté "La Barca de Oro", no sé por qué pero la canté y fue con esa canción que se calmó y se durmió. Hasta la fecha cuando él se siente mal, cuando se siente enfermo o se siente triste, me pide que le cante "La Barca de Oro", es como nuestra canción, aunque no sea una canción de cuna y sea una canción súper triste, de despedida, es la canción con la que pudimos hacer conexión.

Antes León me decía: "Quisiera verlo, aunque sea una vez quisiera que me hablara, quisiera decirle ´hola, soy tu hijo´, aunque fuera una vez". Hace unas semanas León me dijo que le hacía falta tener un papá.

Arturo sonriendo. Padre de León y pareja de Liliana.

Arturo abrazando a Liliana.

León abrazado y durmiendo en los brazos de su abuelo, Sergio Gutiérrez.

A veces me gustaría que encontraran a quien desapareció a mi papá y a su hermano, para que se hiciera justicia, porque no se me hace justo que ese tipo de personas estén ahí, en la calle, agarrando más personas. Pero han pasado tantos años que ya no veo posible encontrar a mi papá y dudo, la verdad, que esté vivo. Sé que otras personas buscan y esperan encontrarlos, yo realmente no, yo ya no haría una búsqueda para encontrar siquiera su cuerpo porque ya no… porque a veces me rindo.

Elegir el nombre para mi hijo fue complicado porque yo sentía que su papá tenía que estar conmigo para elegirlo. Arturo desapareció sin saber siquiera que su hijo sería un niño.

Días antes de que naciera mi papá me dijo: "Liliana nombra a tu hijo. Arturo confía en ti para que elijas su nombre". Y eso me hizo confiar. Y mi hermana me preguntó: "¿Cómo te lo imaginas cuando sea grande?". Y yo imaginé un hombre gigante, grande, así como su papá. Esa imagen lanzada al futuro, esa imagen de fuerza, de resistencia. Entonces dije "León es el nombre".

En mi opinión he disfrutado mi infancia. Disfruto mucho el tiempo que paso con mi familia, con mi mamá.

Probablemente por sólo tener mamá mi vida ha sido distinta a si yo tuviera también a mi papá. Y también fue muy distinto para ella, por solamente estar ella y no tener como ningún apoyo. Aunque en el camino ha conocido a mucha gente que nos acompaña, que nos quiere.

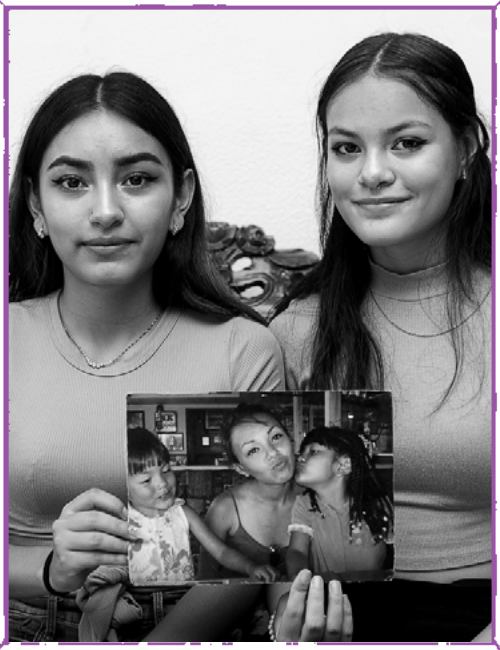
Cuando era más chico como que me daba coraje, veía a todos mis amigos con sus papás, a los niños que tienen papás y me daba coraje porque yo no tenía uno, como ellos. Ahora que estoy más grande, como que lo dejo pasar porque tengo a mi mamá y a mi abuelo, y tengo a muchas personas que me quieren. Y a veces pienso que no es que me urja tener un papá, o que sienta la ausencia de mi papá porque siempre he estado igual, es decir, siempre he vivido con su ausencia. Probablemente mi mamá sí ha sentido esa urgencia de verlo o sentirlo, porque ella sí lo tuvo.

Yo no puedo extrañar algo que no tuve jamás, pero tal vez puedo ir cambiando de opinión.

Cuando recién pasó la desaparición de Arturo soñaba de manera recurrente con él. En mis sueños lo encontraba, pero algo pasaba que no nos permitía estar juntos. No podíamos estar juntos. No lo podía tocar, no lo podía ver bien, no lo podía alcanzar. Se me escondía, lo veía y corría para abrazarlo y él con señas me decía: "No te acerques, es peligroso, no vengas". Pero yo no hacía caso y lo empezaba a seguir de lejos sin perderlo de vista, pero de pronto nada más veía su espalda. Otras veces soñaba que venía a casa a ver a nuestro hijo, a León, una vez soñé que lo encontraba en la puerta de mi cuarto, asomado hacia adentro, hacia la cuna, mirando a León así bebito, así dormidito y yo le decía "Arturo ven, acércate, ven a verlo. Ven a ver a tu hijo".

León Gutiérrez Martínez
Es hijo de Liliana Gutiérrez Martínez y Natanael Arturo Román García. Arturo fue desaparecido el 25 de agosto de 2010, cuando cenaba en las afueras de San Fernando, Tamaulipas, junto con su hermano menor, Axel. Arturo viajaba cotidianamente a Estados Unidos para surtir una tienda de patinetas que tenía en la Ciudad de México, fue en uno de esos viajes que hombres armados los subieron a él y a su hermano a una camioneta y se los llevaron. Arturo es hijo de Arturo Román y María Eugenia García. A Arturo le gusta patinar, le gusta salir con sus amigos, le gusta la música y le gusta mucho reír. Arturo esperaba con amor la llegada de su hijo, quien tenía 5 meses creciendo en la panza de su mamá.

*En esta conversación participa Liliana, a petición de su hijo León, para ayudarle a responder algunas preguntas sobre la desaparición de su papá.



Dana y Vania posan con una foto que muestra uno de tantos momentos felices durante su infancia con su mamá, Pamela Portillo.

Dana y Vania

"Mucho tiempo yo le guardé rencor a mi mamá, porque yo decía ¿por qué se fue sin nosotras?, hasta que entendí que no se fue, se la llevaron".

– Vania Odeth Hernández Alarcón

"Nos lo dijeron tres años después y según yo, en esos momentos teníamos toda la confianza para contarnos todo y pues no nos contaron al momento y nos tenían muy distanciadas ante el mundo verdadero. Fue muy difícil porque en mi primaria todos sabían menos yo".

– Dana Hernández Alarcón

Nuestros días favoritos eran los sábados. Los sábados nuestra mamá descansaba de sus dos trabajos y su escuela. Los sábados eran para nosotras. Nos levantábamos muy de mañana y nuestra mamá nos mandaba a la tienda por miel de maple para hacernos los tosten, así le decimos al pan francés. El sábado de tosten era nuestro y almorzábamos juntas. A nuestra mamá le gustaba estar con nosotras. Le gustaba de verdad, no lo hacía por ser nuestra madre, sino que de verdad le gustaba. Lo disfrutaba, la veíamos feliz.

Era como nuestra hermana mayor, tuvo a Vania a sus 16 años, muy jovencita, y luego a Dana y éramos como sus hermanitas y siempre estábamos jugando y siempre se estaba riendo. Cuando íbamos a la escuela caminando, íbamos baile y baile y cante y cante, nos gustaban muchas canciones, nos gustaba "Niña bonita".

¿Qué dirías si tú escoges una estrella?
Vuelo alto y voy por ella
Si te llevo a otro universo
(...)
Y te llevo aquí en mi corazón
Si te cuido cada día
Dime, nena, ¿qué dirías?
Si yo aquí estoy y nunca me voy.

Una vez mi mamá abrió la cajuela de su coche azul y nos metimos adentro y nos puso música a todo lo que daba y bailamos mucho, frente a todos y reímos frente a todos. Otra vez nos llevó a una fiesta de Halloween y se vistió de vampiro, a Vania la vistió de vampiro y a Dana de diablito y nos reímos mucho. Así era con ella. Íbamos al cine, a la Deportiva, hasta a la playa nos llevó.

A la playa, fue nuestro último viaje.

Yo soy Dana Hernández Alarcón, tengo 16 años, soy de Chihuahua, Chihuahua y estudio la prepa.

Yo soy Vania, mi nombre es Vania Odeth Hernández Alarcón, tengo 18 años y soy de Chihuahua y estudio enfermería en la Universidad Autónoma de Chihuahua. Somos hermanas, aunque de un tiempo para acá nos hemos convertido en mejores amigas.

Somos hermanas y somos hijas de Pamela.

Pamela Leticia Portillo Hernández, tiene 23 años... Tenía 23 la última vez que la vimos, nació en Chihuahua, Chihuahua. Ella es hija de Luly, de Lourdes Hernández Alarcón.

Vivimos en casa de Lucy, nuestra tía abuela, y aunque cada quien tiene su cuarto, Dana siempre viene a mi cuarto.

Es que a veces tenemos miedo.

A Vania le da miedo que un día esté en la calle haciendo cualquier cosa y que pase algo y no alcance a ver a nuestra mamá otra vez.

A Dana le da miedo que el feminicidio aumenta cada día.

Nos da miedo pensar en las mujeres, cualquier mujer, cualquier persona que no puede volver a su casa y abrazar a su familia. La vida de una mujer vale mucho.

Dana iba en tercero de primaria, Vania iba en quinto. Una mañana estábamos en la escuela y llegaron por nosotras al salón y nos dijeron que nos íbamos con nuestra abuela. No nos avisaron que nos recogerían antes y eso nos desconcertó, ¿qué habrá pasado? Nos recogieron y nos llevaron a las oficinas del Centro de Derechos Humanos de las Mujeres (CEDEHM), que ahí apoyan a nuestra abuela Luly a buscar a nuestra mamá, aunque eso nosotras aún no lo sabíamos.

Nos recibió una mujer llamada Cony, nos la presentaron como la psicóloga de nuestra abuela Luly, y ahí comenzaron a hablar.

Empezaron a decirnos que nuestra mamá no se había ido a trabajar a otra ciudad, como nos lo hicieron creer desde que éramos chiquitas y la dejamos de ver; nos dijeron que eso no era real, que lo real era que a mi mamá se la habían llevado y no sabían nada de ella. Ese fue el momento en el que Dana se enteró. Vania ya tenía una idea de lo que había pasado porque un día estábamos en la mercería de Luly, nuestra abuela, y un señor se acercó y le preguntó si ella era la mamá de la muchacha perdida. Nuestra mamá, la muchacha perdida. Y aunque Vania se puso a investigar a escondidas, nunca dijo nada porque no sabía cómo tocar el tema, le daba miedo decir algo de más.

Vania: Y me sentía con la responsabilidad de cuidar a Dana porque era muy chiquita. Me sentía como si estuviéramos solo ella y yo y mi deber era cuidar su inocencia, que siga creyendo, pues, que nuestra mamá está de viaje, que siga creyendo, pues, que ella está bien. Y no, nunca hablamos de eso porque no sabíamos cómo hacerlo. Me sentía muy incómoda hablando de mi mamá.

Tardaron tres años en decirnos la verdad, que mi mamá no se había ido a trabajar, sino que se la habían llevado. Que estaba desaparecida. Siempre que le pre-

Dana y Vania sosteniendo un retrato de su mamá, Pamela Portillo, con ellas cuando eran niñas, a la izquierda Lucy (tía abuela) y a la derecha Luly (abuela).

guntábamos a Luly sobre mi mamá, sólo nos decía: "Ella no está, se fue a trabajar y luego vuelve".

En el momento en que fue desaparecida nuestra mamá había retomado la escuela y estaba terminando sus estudios del Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicios (CBTIS). Cuando se embarazó de Vania nuestro papá le exigió que dejara de estudiar para cuidar la casa y a la bebé. Luego se separaron y ella tardó un tiempo en estabilizarse emocionalmente y también en estabilizarse de nuestro cuidado y cuando lo logró, ella decidió regresar a la escuela. Además de su trabajo, primero trabajó en un hotel y luego se cambió a la cervecería, a la "cerve", como le decíamos.

Un sábado salió de fiesta y nos dejó aquí con Luly. Era rara la vez que salía así de noche, pero ese día quiso ir de fiesta. Era el 25 de julio del 2010. Como a la 1 de la madrugada llamó para avisar que ya venía de camino, marcó para decir ya voy para allá. Y nunca llegó. Luego supimos que pasó por un retén de militares y ahí la detuvieron. Era el año 2010, Dana tenía cuatro años y Vania iba a cumplir siete.

Vania: Yo le guardé rencor a mi mamá, me preguntaba ¿por qué se fue sin nosotras?, hasta que entendí que no se fue. Me sentía muy enojada con ella porque siempre estuvimos juntas y las únicas veces que nos separábamos era cuando se iba al trabajo y a la escuela. Pero cuando me dijeron la verdad de lo que había pasado me sentí culpable. Pasé del enojo a la culpa porque ella no se fue porque quisiera. Hasta la fecha trato de perdonarme el haberla culpado.

Además de la desaparición de nuestra mamá lo difícil fue no saber. Nuestra familia tardó tres años en contarnos lo que había sucedido y siempre nos preguntamos por qué tardó tanto. No lo hicieron y nos apartaron del mundo verdadero para protegernos, pero fue muy difícil. Cuando pasó la desaparición de nuestra mamá nos cambiaron de escuela y dejamos la casa donde vivíamos antes; se cerró así toda nuestra vida pasada.

Nos cuidaban mucho. Cada navidad, cada cumpleaños, cada día especial, Luly, nuestra abuela, y Lucy, nuestra tía abuela, compraban regalos y los hacían pasar como que eran de parte de nuestra mamá. Y hacían llamadas, no sabemos si era Luly o alguien más, pero hablaban y decían como si fuera ella: "Ya voy a volver, no se preocupen, en un tiempo vuelvo, nada más junto dinero". Porque nuestra mamá tenía planeado irse a Canadá para poder vivir mejor y en las llamadas decía eso, que faltaba juntar dinero para volver por nosotras e irnos todas.

Nos hablaba una vez al mes, eran separadas las llamadas y siempre creímos que era ella. Sonaba el teléfono y dejábamos la tarea, todo lo que estábamos haciendo para hablar con nuestra mamá, pero colgaba y era una lloradera porque la extrañábamos mucho y era muy difícil para nosotras. Vania seguía molesta con ella, ¿por qué si se fue, nos sigue enviando regalos? ¿por qué mejor no viene a estar con nosotras? Era muy difícil para nosotras colgar la llamada, extrañarla más, preguntarnos cuándo va a volver. Era una lloradera. Luly siempre cuidó que quienes sabían la verdad no nos dijeran nada. La única verdad posible era que ella, nuestra mamá, se había ido a trabajar.

Nos tenían muy cuidadas: que si veíamos la tele nos cuidaban qué veíamos, si veíamos el celular lo cuidaban, si escuchábamos la radio lo cuidaban, casi no salíamos, siempre estábamos encerradas y con mucha energía guardada. Veíamos mucho el "Canal 5", nos gustaba mucho ver "El Chavo" o "Bob Esponja" y en cuanto salían anuncios de servicio a la comunidad para encontrar a los desaparecidos, nos apagaban la tele: "Ya se acabó, a hacer tarea", nos decían y ya nos subíamos a hacer tareas. Los periódicos tampoco los podíamos ver hasta que un día, fue un descuido no sé si de Luly o Lucy, se les olvidó el periódico y yo alcancé a ver la foto, la noticia de mi mamá, pero me lo quitaron muy rápido y no alcancé a leer más.

Luego nos dieron a un perrito yo creo que para cubrir esa herida. Le pusimos Diego al perrito.

En algún momento nos cambiaron nuestros apellidos, después entendimos que era por la desaparición de nuestra mamá, para quedar bajo la tutela de Lucy, nuestra tía abuela. Éramos Moreno Portillo, y ahora somos Hernández Alarcón. De alguna forma quitarnos el apellido ante la ley y ante la sociedad nos hace sentirnos menos hijas de nuestra mamá.

Un día después de que nos dijeron la verdad hubo una manifestación por los desaparecidos y nosotras quisimos ir, pero nos dijeron que no. Aunque ya sabíamos la verdad, aún nos tenían en nuestra burbuja y entendimos que era por cuidarnos; que no nos habían dicho porque estábamos muy chiquitas e iba a ser muy fuerte y quizá no lo íbamos a entender. Pero también nos molestó, nos incomodó que no nos dijeran detalles.

Hasta ahora hemos ido a muy pocas manifestaciones por lo mismo, por cuidarnos. Luly va a rastreos y no nos avisa y no quiere que vayamos. Para nosotras

Dana, Vania e Idalia, su prima hermana.

Dana y Vania con un retrato de su mamá Pamela Portillo.

Perfume y zapatillas de Pamela Portillo.

es una de las pocas maneras en que sentimos que estamos buscando a nuestra mamá, aunque Luly nos dice que ayudamos buscándola estando en casa, pero nos gustaría participar de manera más activa.

Por ejemplo, en el 2022 fuimos a la marcha de "Hasta encontrarles" que duró cuatro días, que caminamos con sol y cansancio, avanzamos unos tramos en autobús, desde Chihuahua a Parral, luego a Jiménez, a Valle de Allende, Camargo, Delicias, Meoqui y regresamos a Chihuahua. Aquella ocasión sentimos que estábamos haciendo algo por nuestra mamá, que no sólo estábamos en nuestra casa esperando su regreso. Sentíamos que la gente nos veía y que atestiguaba que estábamos ahí porque la amamos, la gente nos veía y les llamaban la atención nuestras pancartas con sus fotos, con las fotos de nuestra mamá y la veían y se quedaban viéndola y la señalaban y eso nos hacía sentir que estábamos haciendo algo por ella, no sólo esperando en casa, a que ella volviera como por arte de magia.

Dana: Cuando voy a una marcha me siento incluída, siento que estoy ayudando en algo. Me gustaría que nos dejaran acompañar a Luly a las manifestaciones, a los rastreos que va y a todo eso.

Antes de que nuestra mamá fuera desaparecida, al ver las marchas, las manifestaciones de la gente en las calles, creíamos que era gente que trataba de llamar la atención, pero entendemos que es llamar la atención de buena forma, con el fin de la justicia, para que no vuelva a pasar. Nos ha tocado que gente desconocida vea la foto de nuestra madre y de otros desaparecidos y lo primero que piensan es que estaba en malos pasos o que ella se lo ganó.

Hace poco fuimos a la marcha del 8M, nos sentimos muy protegidas, como si todas ellas, todas las mujeres de la marcha del 8M, fueran otra familia, nuestra familia, porque todas estábamos ahí por lo mismo: defender la vida de las mujeres.

Hemos descubierto que en las manifestaciones y en las marchas nos sentimos como en una familia.

Hemos imaginado muchas veces cómo sería nuestra vida si nuestra mamá estuviera. Vania piensa que sería muy diferente, porque el miedo está presente y también la sensación de su ausencia, que se hace más fuerte cuando platicamos

con amigas y están sus mamás y somos testigos de su cariño. Aunque nosotras tenemos a nuestras otras dos mamás, Luly y Lucy, no es lo mismo. A veces eso nos hace sentirnos diferentes a los demás.

Para Dana la ausencia se hace presente con más fuerza cuando nos preguntan, por ejemplo en la escuela, por nuestra mamá, y si hablamos de lo que le pasó, se alejan por miedo a que les suceda algo. Aún así, elegimos hablar de ella y de lo que sucedió. Lo hacemos porque queremos que se sepa, que su foto se difunda, que la vean, porque quizá haya más posibilidades de que ella vuelva.

Quizá, si nuestra mamá estuviera, viviríamos sin miedo, miedo a las críticas, miedo a que nos pase algo, miedo a no volver a verla. Quizá tendríamos una familia más normal. Uno de los sueños de Vania es tener una familia tradicional, con su pareja e hijos, porque es una forma de sanar lo que no pudimos tener. Una familia tradicional, hacer las cosas de una familia tradicional, vivir todas nuestras etapas de la vida con nuestra mamá, aprender de ella, aprender a manejar, a maquillarnos. Nos quitaron esas oportunidades, a ella le quitaron la oportunidad de vernos crecer y a nosotras nos quitaron la oportunidad de verla a ella sobresalir en lo que soñaba.

Nuestra mamá nos acompaña de muchas formas. Guardamos, por ejemplo, este perfume que ella usaba todos los días, nos recuerda su olor. También están sus zapatos, sus favoritos, esos le quedan a Vania y a Dana le quedan los zapatos de fiesta. Usar su perfume y zapatos es como si estuviera abrazándonos, como si estuviera cerca de nosotras.

Tenemos esperanza de su regreso y la buscaremos hasta que suceda. No guardamos rencor a quien se la llevó, sólo queremos que nos la regrese.

La seguimos esperando.

Vania y Dana Hernández Alarcón

Nacieron en los años 2003 y 2005. Son hijas de Pamela Leticia Portillo Hernández, quien fue desaparecida el 25 de julio de 2010 en Chihuahua, a la edad de 23 años. Ese día ella salía de una fiesta y fue detenida en un retén militar. A Pamela le gusta cantar, bailar y antes de ser desaparecida había regresado a sus estudios, que interrumpió por su ma-

ternidad. Quería salir adelante para ofrecerles a sus hijas un mejor futuro. Vania y Dana estudiaban la primaria cuando esto sucedió, se criaron con Lucy, su tía abuela, y con Luly, su abuela materna. Les gusta participar en las marchas y búsquedas, pues es una forma de sentir que hacen algo por el regreso de su mamá.

Marakorea posa con su retrato siendo niña.

Marakorea

"A tus papás se los robó, se los robó el gobierno, esa era la manera que tenían de darme a entender que estaban desaparecidos."
Marakorea

Un nombre

Me llamo Marakorea. De niña se burlaban de mí por mi nombre, Mara Corea, Mara Tailandia, Mara Japón, Mara China. Mi nombre me lo pusieron mis padres, mis padres biológicos. ¿Qué significa mi nombre? No lo sé. Alguna vez le pregunté a mi abuela materna y ella a su vez me contó que un día le preguntó a su hija, mi madre, por qué me había puesto este nombre. Ella, mi madre, le respondió: "Luego le digo".

Pero ese *luego* nunca llegó.

Soy Marakorea, hija de Jorge Hermelindo Varela Varela y María Olga Navarro Fierro. Y también soy hija de Santos Navarro Chávez y María Luisa Fierro.

Me llamo Marakorea Navarro Fierro, pero también soy Marakorea Varela Navarro.

Un encuentro

Mi papá es Jorge Hermelindo Varela Varela, nació en Parral, Chihuahua, en 1952. Mi mamá es María Olga Navarro Fierro, nació en Delicias, Chihuahua, en 1956. Vivían a 215 kilómetros de distancia. Él es el mayor de dos hermanos, ella la mayor de siete. Mi papá vivió en una casa del estudiante, estudiaba ingeniería en el Tecnológico de Chihuahua. Mi mamá estudió enfermería.

En 1974 sus caminos se encontraron en la ciudad de Chihuahua. Se encontraron en la Colonia Barrio de Londres, ahí mis abuelos paternos tenían una tiendita de abarrotes y ahí la familia de mi mamá iba a comprar. Se enamoraron y decidieron hacer vida juntos en Ciudad Juárez. En el año 1976 nací en aquella ciudad chihuahuense.

Una ausencia

A inicios de noviembre de 1977 mis padres Jorge y María Olga se preparaban para celebrar mi primer año de vida, yo estaba en Chihuahua con mis abuelos maternos. Faltaban diez días para mi fiesta y mis abuelos me cuidaban mientras mis papás trabajaban en la maquila. Un día a mi abuelo materno le reportaron en la maquila que mi madre no se presentó a laborar. Entonces mi abuelo fue a la vivienda de su hija para indagar el motivo de su ausencia laboral y encontró la casa que rentaban vacía, sin muebles, ropa, nada. Tampoco estaba el Mustang amarillo de mi papá.

Mis padres fueron desaparecidos el 8 de noviembre de 1977. Días después yo cumplí mi primer año de vida.

Me crió mi familia materna, mis abuelos terminaron registrándome como su hija y mis tíos terminaron siendo mis hermanos legalmente, yo era la más pequeña de siete. Era la séptima, pero también, contando a mi mamá, era la octava. Mi abuela materna era ama de casa y mi abuelo materno era obrero, vigilante de una empresa maquiladora.

No sé cómo habría sido mi vida si mis papás no hubieran sido víctimas de desaparición forzada por parte del Estado. Quizá hubiera sido un poquito rebelde, quizá me hubiera atrevido a hacer muchas cosas. Sin embargo, mi vida fue diferente ya que de una u otra manera siempre estuvimos vigilados por el Estado mexicano, nos sabíamos vigilados porque el mismo Ejército nos hizo tener conocimiento de la vigilancia.

De niña supe que había familias de desaparecidos; supe que los militares entraban a las casas de esas familias, de las doñas que buscaban a sus hijos, y las

desbarataban. Nosotros no sufrimos eso, pero siempre existió el temor de que fueran a llegar.

Mi infancia fue bonita, en un entorno muy seguro, fui una niña muy protegida, crecí dentro de los límites de la condición de los desaparecidos. Crecí tranquila dentro de esos límites, aunque no los asimilaba. Hay cosas que vi normal porque viví tan cotidianamente, por ejemplo, para mí era normal tener a mis papás desaparecidos y tener a otros papás: mis abuelos maternos. Y cuando escuchaba en la escuela o en la calle que no a todos los papás los desaparecen, me quedaba pensando bueno, pero ¿por qué a mí sí me pasó? Yo lo asimilé a finales de primaria y principios de secundaria, me di cuenta de que no todo es como lo vivía yo.

Crecí en el Barrio de Londres, en el Chihuahua de los ochenta. Me iba caminando a la escuela, salíamos a la calle a jugar, a jugar al avioncito, al lazo, a los hoyitos, hacíamos unos pequeños hoyos en la tierra, agarrábamos la pelota y cada quien tenía el hueco designado y si caía en donde decía tu nombre tú tenías que agarrar, corretear a las personas, similar a los encantados. Me encantaba jugar a ser reportera, una de las hermanas de mi abuela paterna trabajaba en Estados Unidos y me regaló un grabador, era como de uno 30 centímetros y se ponía el cassette y yo me ponía a grabar mis programas.

Hoy soy reportera.

Una pregunta

Crecí, como muchos de nosotros hijos de desaparecidos, con la idea de que mis papás estaban en México, en la Ciudad de México, pero luego esa certeza no fue suficiente. Me entró una tristeza de ver que llegaba el cartero con recibos o con cartas para otros y yo decía bueno, pero si pueden escribir ¿por qué no me mandan cartas? Si tengo unos papás ¿por qué nunca vienen? ¿por qué no me hablan? Y pues entré en depresión, aunque en aquellos tiempos no se decía así, no se trataba así, nada más le decían tristeza.

Entonces mis abuelos tuvieron que responderme y me contaron una historia: "Es que a tus papás se los robó, se los robó el gobierno", porque era la manera que tenían de darme a entender por qué ellos no estaban.

Yo, chiquita como estaba de ocho, diez años, les agarré coraje a los políticos, a los que estaban en el poder. Es cuando comencé a tener consciencia de las manifestaciones, de lo que era ir a tomar la Plaza de Armas, a manifestarnos con nuestras fotos para pedir la presencia de los desaparecidos. Dentro de mi ingenuidad yo iba a manifestarme, pero no tenía una conciencia o no tenía una información de todo

Marakorea sosteniendo el retrato de sus padres, Jorge Varela y Olga Navarro, desaparecidos por el Estado mexicano el 8 de noviembre de 1977.

lo que conllevaba. Había mamás que llevaban a los nietos y me acuerdo que ahí fue donde conocí a Alicia de los Ríos, a su primo Sandino, siempre estábamos juntos.

Alicia y yo éramos las hijas de desaparecidos. Y nos cuidaban mucho, me acuerdo de Laura y Rafa, dos amigos solidarios que también iban a las manifestaciones y nos llevaban dulces; Juan Aquino, esposo de Marta de los Ríos Merino, nos compraba papitas o nieve, si pasaba el de la nieve, y a veces al terminar nos íbamos a casa de Marta y en su casa había un cerezo y mientras las abuelas hablaban de lo que se iba a hacer como parte de la lucha, nosotros salíamos y le quitamos casi todos los cerezos y nos los comíamos y mi mamá (mi abuela), me regañaba que cómo iba a ser que yo fuera tan comelona. O cuando nos tocó ir a México y las doñas entraron a una reunión y Laura y Rafa nos llevaron al Museo de Cera.

En uno de los viajes a la Ciudad de México nos tocó un encuentro con Fernando Gutiérrez Barrios, que era secretario de Gobernación, y me sentaron junto a un niño que era de los mismos hijos de desaparecidos y empezamos a platicar y a reír y a divertirnos y de repente volteó Fernando Gutiérrez Barrios y nos miró serio y mi mamá me puso una regañada. Mi abuela me puso una regañada... Pero para mí era normal, juegos de niños que no son conscientes de que no es normal andar yendo a los juzgados, a las manifestaciones, a los encuentros con funcionarios, a ver a militares. Andar yendo a pedir que nos regresen a nuestros papás.

Una búsqueda

¿Qué significaba eso de que el gobierno los había sustraído? Sé que mi papá era militante, pero no hubo juicio, no hubo respeto a los derechos humanos; él, mi mamá y sus compañeros fueron capturados y privados de su libertad y sin que su familia tuviera conocimiento de ello, sin tener el más mínimo respeto a sus derechos humanos.

Para mi abuela materna era mucho sufrimiento el que le dijeran que su hija era integrante de La Liga Comunista 23 de Septiembre, y cuando preguntábamos y nos decían que a ella no la ubicaban en el movimiento, sólo a mi papá, para mi abuela era un orgullo que la desaparición no haya sido por su mentalidad, porque ella a su hija la educó de una forma y saber que no estuvo en el movimiento le daba una especie de liberación; ella nunca quiso que ahondara en el tema. Mi familia materna siempre se mantuvo alejada. Y mi familia paterna tenía un poco de conocimiento sobre el tema.

De mi mamá tengo un vestido, lo usó en 1975 o 1976. Lo usó cuando fue dama de honor en la boda de un tío. Me gustaría que quien lo viera, supiera que este

traje tuvo una dueña, quien está desaparecida. Y que seguimos exigiendo su aparición y el esclarecimiento de su caso.

Sé que les gustaba la trova, como a mí. Sé que a mi mamá le gustaba Serrat, también a mí. A mi mamá le gustaban los frijoles con mole, como a mí. A mi papá le gustaban las fresas con leche de clavel (se lo dijo a Ramón, su compañero de lucha cuando estuvieron detenidos en el Campo Militar, platicaban de algunas cosas cuando dejaron abierta una de las celdas y Ramón pudo salir un momento, en el que comentaron de lo que les gustaría tomar al salir libres de ahí). No las he probado, trataré en un futuro de probarlas porque quizá fue su último deseo de comer. La comida que quiso y no pudo tener.

En 2017 mi abuela materna falleció, yo tendría unos 41 años. Durante su vida siempre respeté su dolor de que su hija haya sido desaparecida y respeté su miedo de que vinieran por la hija de su hija, que vinieran por mí. Me mantuve alejada de toda investigación y todo conocimiento, hasta su muerte. Y me dije: bueno, ya está, ya cumplí con el no saber. Ahora quiero saber. Y empecé un poco, y empecé más de lleno.

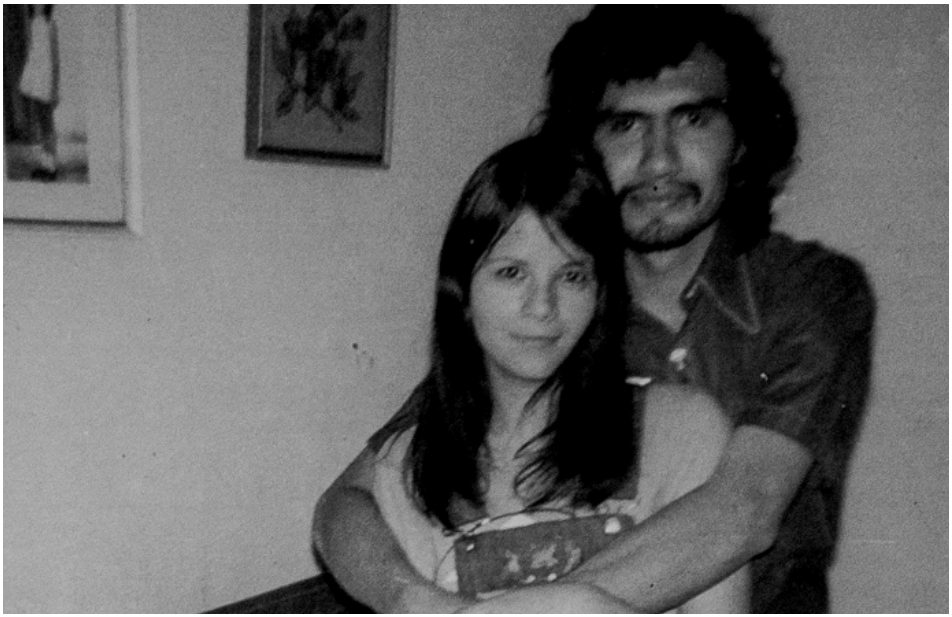
Y supe que su último paradero fue en el Campo Militar No. 1, donde Ramón Galavíz Navarro, un ex compañero militante de la Liga, vio a mi papá Jorge, y Juan también los vio.

Una ausencia

La ausencia de mis padres siempre estuvo presente. La bebé que fui y los conoció no tiene recuerdos. Crecí con la incertidumbre de qué sería de ellos, pero a la vez con la esperanza de que al no encontrar sus restos, quizá no existía evidencia de su muerte. Quizá, quizá estuvieran con vida. Las familias de personas desaparecidas siempre añoramos saber qué pasó y con ese deseo hay también una culpa. Culpa de estar bien, de estar por ejemplo en la cena de Navidad y que de pronto te asalten los pensamientos de que quizá estés disfrutando y ellos probablemente no tienen qué comer o quizá tienen frío, mientras yo me estoy comprando una chamarra. ¿Cómo estarán? ¿Estarán vivos? Es una situación que no te deja vivir una normalidad completa, porque cuando no hay ni su presencia, ni restos, ni paradero es una zozobra que no sabes cómo manejar.

Mis abuelos vivieron más de 40 años esperando que se viera ese llegar, el llegar de sus hijos, el recibir a sus hijos en casa. Me educaron en la espera, en la fe de que van a volver. En la esperanza.

Marakorea cuando cumplió tres años, junto con sus abuelas María Luisa Fierro y Socorro Varela.



Olga Navarro y Jorge Navarro abrazados cuando eran novios en la ciudad de Chihuahua.

Marakorea sosteniendo amorosamente el vestido de su madre Olga Navarro Fierro, desaparecida por el Estado el 8 de noviembre de 1977.

Yo crecí en las marchas, exigiendo que regresaran a mis papás. Me gustaría dar a conocer la vida de mis papás para que sepan que se tiene que respetar todo derecho, que si alguien sea como fuere, haga lo que haga, que se juzgue, pero que no se le prive a ninguna familia de uno de sus miembros, porque es una tortura.

Quien no sabe su pasado, está condenado a repetir. Como sociedad hay que conocer sus historias para que no se vuelva a repetir este delito de Estado. Cualquier delito. Mujeres que mueren, mujeres que desaparecen… Si no se visibiliza, no se hace consciente a la ciudadanía. Y si no se hace consciente, no se lucha por la no repetición. Para que no haya otra persona, otras niñas que tengan que ir a manifestarse exigiendo al gobierno les regrese a sus papás.

Como periodista y reportera he visto cuando a las familias les devuelven a sus hijos, a sus hijas desaparecidas, ya sea sus restos o localizados, descansan tanto. Y es algo que me hubiera gustado tanto que tuvieran mis abuelos. Un descanso real. Un cierre de ciclo. El que, de repente, sus heridas, sus dolores, sus tristezas concluyeran al tener un lugar dónde llorarles. Es una deuda del Estado no solo con mis abuelas, sino con todas las madres de los desaparecidos y presos políticos de México.

Una identidad

Me llamo Marakorea. De niña se burlaban de mi nombre. Ahora atesoro este, mi nombre, abrazo mi nombre porque me lo pusieron mis padres, mis padres biológicos.

No sé el secreto de mi nombre, hay personas que dicen que a lo mejor me llamo así porque mi papá inició su militancia en el Movimiento Armado Revolucionario (MAR) o porque a él le gustaba Corea, o porque él se fue a Corea a entrenar. Son versiones que me dan los que fueron compañeros de lucha de mi papá.

Soy Marakorea Varela Navarro, hija de mi padre Jorge Hermelindo Varela Varela y mi madre María Olga Navarro Fierro. Hoy desaparecidos.

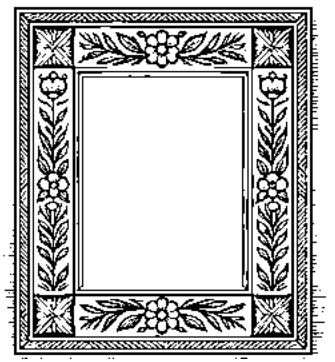
Ese fue mi nombre durante 11 años. Luego, cuando el Ejército se llevó a mis padres, mis abuelos maternos me criaron. Y un día que no tenían dinero para garantizarme una seguridad médica buscaron adoptarme, sin embargo, no pudieron hacerlo ya que requerían autorización de mis padres o sus actas de defunción por lo que alguien les sugirió que me registraran con su nombre para acceder a su seguro social.

Soy Marakorea Navarro Fierro, hija de mis abuelos maternos Santos Navarro Chávez y María Luisa Fierro.

Soy ambas, porque al final de cuentas soy Varela y soy Navarro y soy Fierro. Soy mis padres biológicos y mis abuelos, soy mis ancestros.

Marakorea Navarro Fierro

Es hija de Jorge Hermelindo Varela Varela y María Olga Navarro Fierro, quienes fueron detenidos y desaparecidos por elementos de la Brigada Blanca el 8 de noviembre de 1977 en su vivienda particular, en Ciudad Juárez. Desde entonces, se desconoce su paradero. Olga es originaria de Chihuahua y es la mayor de seis hermanos, estudió enfermería, pero no le gustaba esa profesión, así que entró a trabajar a la maquila. Su familia recuerda su carácter alegre y guarda de ella dos vestidos, uno de cuando fue madrina de boda y otro de un baile que hizo en la primaria. Olga y Jorge vivían en unión libre y cuando ella estudiaba el bachillerato, se embarazó de Marakorea, su única hija.



Epílogo

Este libro es un encuentro entre dos generaciones de infancias en la ausencia obligada por desaparición y el asesinato extrajudicial: la de hijas e hijos de luchadores sociales la desaparecidos y asesinados por el gobierno mexicano en las décadas de 1970 y 1980; y la de hijos e hijas de personas desaparecidas en el contexto de la militarización del país, a partir de la década del 2000. Un encuentro que reúne a Alicia, Luis Miguel, Ricardo y Marakorea mirando de frente a Heber, Kim, Vania, Dana, Cristian, Gabriel y León.

Este libro, realizado con la cooperación de Artículo 19 y la Fundación Heinrich Böll, invita a la escucha de las infancias. Pone en el centro sus experiencias y vivencias ante las graves violaciones de derechos humanos sufridas, como la desaparición y el asesinato de manera extrajudicial de sus padres y madres.

Este libro provoca un encuentro, donde Alicia nos muestra que las historias de sus compañeras y compañeros, la búsqueda de la verdad y de un sentido de vida, nos ayuda a encontrar lugares distintos para vincularnos con la memoria, lugares que procuren ser justos para quienes están ausentes y quienes permanecen. Alicia, desde su experiencia como hija y su trabajo como historiadora en colaboración con Jessica- también historiadora y Coordinadora de Derecho a la Verdad de Artículo 19-, crean este lugar tan necesario e indispensable para escuchar, comprender y aprender de las experiencias de las infancias.

Cristian y Gabriel nos presentan, con su relato, cómo la desaparición no es un crimen aislado, sino que representa el cúmulo de muchas violencias superpuestas, violencias -en su caso- por la condición de ser mujer, de vivir en contextos precarizados e ignorados por el Estado. Y su palabra, tejida con otras, nos enseña también que hay distintos tiempos para la enunciación de la experiencia y que la enunciación misma ayuda a construir sentidos, aprendiendo de esa palabra propia. Este espacio, este libro, es la primera vez que Cristian y Gabriel hablan en público sobre la desaparición de su mamá y el impacto en sus vidas: el dolor y la incertidumbre que están en la superficie parecen abarcarlo todo. Pero cobijadas, escuchadas por la experiencia de otras, como Alicia, como Dana y Vania, como Marakorea, el dolor cederá espacio para que otras cosas surjan.

Luis Miguel, Dana y Vania, desde dos épocas distintas, coinciden en reclamar a las personas adultas la confianza para hablarles de la desaparición, y en el caso de Luis Miguel de la ejecución extrajudicial de sus padres. Nos hablan de la importancia de hacerles partícipes de la duda y de la búsqueda de verdad y justicia. Porque la búsqueda por sus desaparecidos y conocer sus orígenes, es también la búsqueda de su identidad.

Heber y Kim se abren espacio entre gobernadores, funcionarios y ministerios públicos con su curiosidad y con su deseo de aportar a la búsqueda del padre, porque saben que mantener viva la memoria de su padre, es también una forma de acompañarse por él.

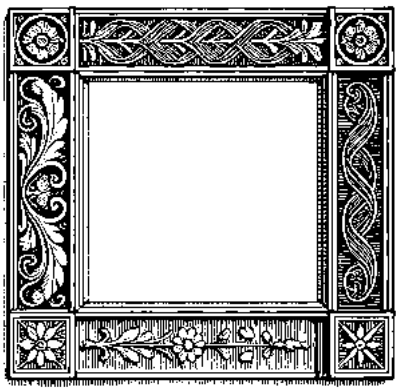
Ricardo y León, sin conocerse, se acompañan en esta búsqueda de identidad, en esa exploración que se hace contando la historia propia, tejiéndola con la memoria de sus padres, la cual está presente en las cosas que les son importantes hoy en día, como el amor y la pertenencia a sus familiares. Como dice Ricardo: "Narrar es develar la paciencia de la memoria".

Y Marakorea, quien con su historia nos cuenta lo que implica aprender a nombrarse, sobre todo aprender que las personas somos construidas por las herencias de nuestros ancestros. Y con este aprendizaje que tuvo en su propia vida, Marakorea nos dice también que, como país, estamos construidos por esas herencias, por ese legado que nos dejaron los y las luchadores sociales en busca de un país más digno para quienes lo habitamos.

Este libro en su título adopta una frase pronunciada por Heber, al contar cómo se sentía durante la búsqueda de su padre: "Uno siendo pequeño se siente vulnerable y chiquito. Con la desaparición de nuestro padre nos sentimos más pequeños. Como hormigas entre gigantes". Como hormigas entre gigantes.

Existe en la literatura infantil y juvenil una tradición de relatos que abordan la lucha contra los autoritarismos de adultos y de Estados, la tradición del pequeño contra el grande, del David contra Goliat. Este libro bien podría pertenecer a esa tradición, con la salvedad de que aquí no hay un "contra" sino, como dice Heber, un "entre". Podría pertenecer a esa tradición porque recupera la palabra de las infancias para, frente al autoritarismo y al adultocentrismo, permitirnos imaginar otras posibilidades, otros aprendizajes, otras relaciones con las y los niños, otras recuperaciones y conversaciones con la memoria.

Daniela Rea Gómez
Ciudad de México, 2024



Agradecimientos

Agradecemos profundamente por la confianza y generoso testimonio para elaborar este libro a: Cristian Alexa y Gabriel Navarro Cortinas; Luis Miguel Corral García; Heber y Kimberly Reveles Castañeda; Ricardo Rodrigo Dorado Herrera; León y Liliana Gutiérrez Martínez, Dana y Vania Odeth Hernández Alarcón, y a Marakorea Navarro Fierro.

Gracias a Daniela Rea y Daniel Orozco, ambos colegas que siempre nos muestran su valioso trabajo empático, respetuoso y amoroso.

Dedicamos este libro y mediante él agradecemos a quienes realizan la labor de cuidado y cuidan a las infancias violentadas, a quienes ayudan a transitar los impactos de las ausencias de sus padres y madres con diversas herramientas para protegerles.

Agradecemos a Artículo 19 y a la Fundación Böll por aceptar y creer en la idea de hacer este libro, una idea que surge del corazón de Alicia, y se convirtió en un reto colectivo arropado por decenas de personas como: Leopoldo Maldonado, María De Vecchi, Florian Huber, Jorge Verastegui, Rodolfo Aguirre, Jenny Zapata, entre muchas otras personas que apoyaron este proyecto.

Dedico este texto a Nikolás, Sebastián y Abby, los gigantes que amplificaron y resonaron mi idea del futuro. También a Naira y a Emilia. A Mima, mi matria. Con especial agradecimiento a Jessica y a Dani quienes hicieron suyo este sueño, ahora convertido en un libro dedicado a las infancias y adolescencias.
Alicia

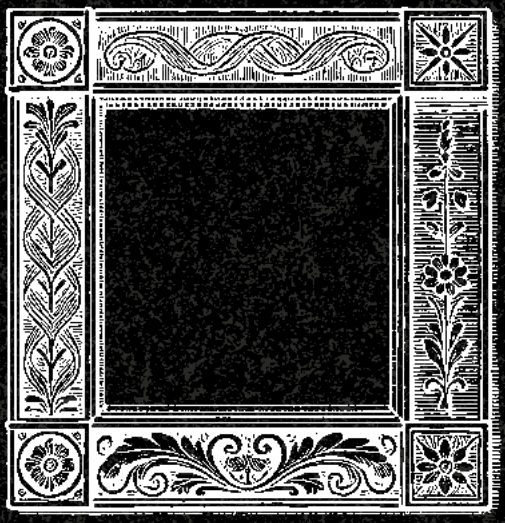
Dedico este libro a todas las infancias y adolescencias, para mi sobrino Inti y mi sobrina Estrella. Dedico con especial cariño a las infancias y adolescencias, aquellas que han transitado las ausencias obligadas de sus padres y madres. Les agradezco profundamente a cada una de esas infancias o personas adultas (que desde la evocación de su niñez) nos brindaron sus historias, sus testimonios, sus vivencias, sus consejos a otras infancias y adolescencias que están transitando o pueden transitar por una experiencia parecida. Les agradezco profundamente la confianza para compartirnos sus palabras llenas de cariño, risas, lágrimas, pero sobre todo de empatía y aprendizajes. Sus valiosos testimonios narrados nos aportan enseñanzas invaluables de escucha y comprensión a la niñez.
Jessica

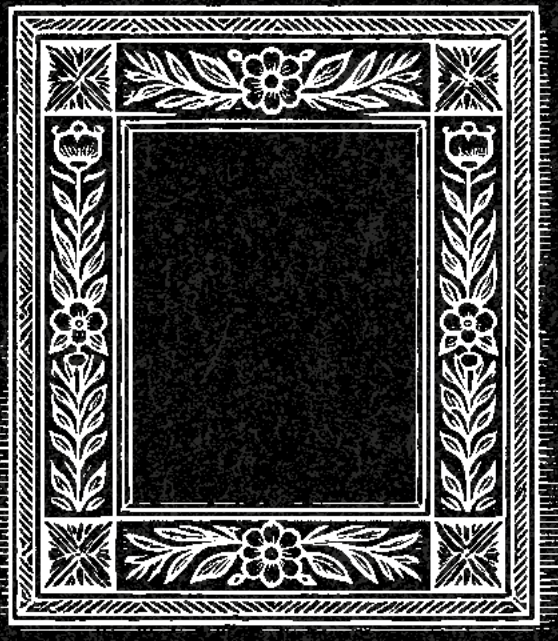
Agradezco a Valentina Glockner y a Javier Raya, cómplices constantes y cotidianos que me enseñaron a reconocer la potencia de la vida y palabra de las infancias. Tomamos su legado para continuar con esas infancias hacia el porvenir que ustedes soñaron. Agradezco a Alicia, Cristian, Gabriel, Luis Miguel, Heber, Kim, Ricardo, León, Dana, Vania y Marakorea sus palabras, las tomo como un tesoro que me compromete a una mejor escucha con las infancias.
Daniela

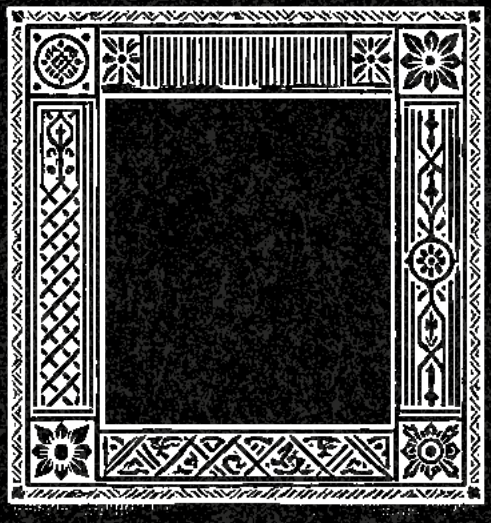
Hormigas entre gigantes
Las infancias y sus experiencias ante
la desaparición y el asesinato extrajudicial
de sus madres y padres

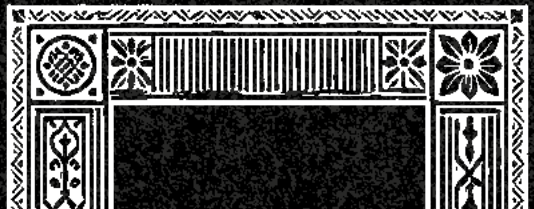
Esta obra se terminó de imprimir en marzo de 2025
en los talleres de Offset W, S.A. de C.V.
Emilio Carranza 229, Col. San Andrés Tetepilco,
Iztapalapa, Ciudad de México, 09440.

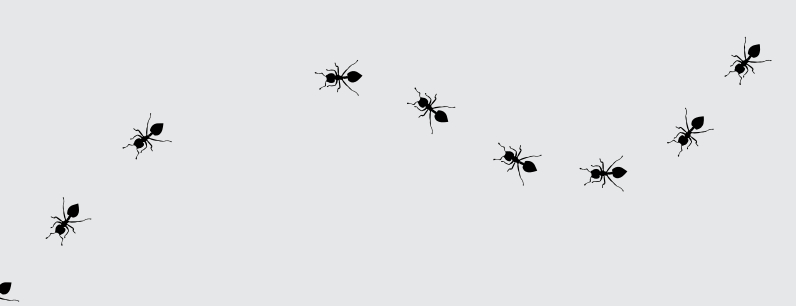
El tiraje consta de 500 ejemplares.











La memoria se ha convertido en una herramienta en la lucha social que nos permite seguir problematizando los impactos de la desaparición, ahora desde el enfoque de las infancias.

Esta publicación no es la interpretación de personas expertas, sino directamente de aquellas niñas y niños que van construyendo memoria, muchas veces en el silencio. Por ello, esperamos que este libro nos acerque a conocer, empatizar y reflejarnos en las experiencias de niñas, niños y adolescentes que viven y vivieron la desaparición y asesinato de manera extrajudicial de sus madres y padres.

HEINRICH BÖLL STIFTUNG
CIUDAD DE MÉXICO
México y El Caribe

ARTICLE 19